

CENIT

sociología
ciencia - literatura

Sumario

Engen Relgis: Alberto Einstein. Su tiempo. — G. W.: Orwell y el anarquismo. — José Ingenieros: Páginas de ayer y de hoy. De la inmoralidad social en el amor. — Puyol: Temas literarios. Perro mártir. — Federica Montseny: Cuentos de la noche. Nocturno en el mar. — Vida Esgleas-Montseny: Cuestiones de enseñanza. Las matemáticas. — Alejandro Sux: Así anda el mundo. Lucubración sobre las catástrofes. — Campio Carpio: Genio y carácter de Alfredo González. — Dr. London: Crónica científica. — G. de Lacaze-Duthiers: Siglos de torturas. — Wladimir Muñoz: Filosofemas. La masculinocracia. — Ricardo Mella: Ideario (folletón encuadernable).

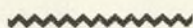


57

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.

NUESTRA PORTADA



EL MOTIN

por Daumier

Daumier ha sido considerado uno de los primeros románticos de la pintura. Y uno de los primeros pintores populares, revolucionarios.

Todos sus cuadros tienen la violencia y la crudeza de los aguafuertes de Goya. Reproducimos «El Motín», evocación de las protestas populares que jalaron el año 1848 en todo el mundo. Pero en «Los Emigrantes», en la multitud de litografías con que se hizo popular su genio, aparecen los mismos trazos, el mismo fondo social, el mismo realismo agudo y despiadado. Citemos «La Sopa», «La Planchadora», «El Herrero», «Los cantantes de la calle», «Los Saltimbanquis», «La calle Transnonain», como ilustración de ese género nuevo, saludado como una revolución y como una innovación en el Arte.

En Daumier se reunieron Rembrandt, Goya y Durero, creando un género único, inconfundible, que hizo decir a muchos críticos de la época: «Es un Miguel Angel moderno».

Balzac fué el primero en juzgarle así, declarando a la vista de sus primeros cuadros: «¡Ese muchacho lleva a Miguel Angel bajo la piel!»

Hijo de una época en que el socialismo naciente se desarrollaba y crecía por doquier, Daumier fué el pintor que puso al servicio de la causa de la libertad y de la justicia, su corazón y su inteligencia. Su amor por los humildes se tradujo incorporándolos al arte, haciendo del pueblo y de las escenas del trabajo y de la lucha por un mañana mejor, la fuente de su inspiración y el constante motivo de sus cuadros.



REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

ALBERTO EINSTEIN

SU TIEMPO



EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD.

Humanista y pacifista, Einstein no podía ignorar los problemas sociales y económicos. «El hombre, decía, es a la vez un individuo y un ser social. Como individuo, tiende primeramente a preservar su propia existencia y la de sus prójimos; después, a desplegar sus capacidades innatas y a satisfacer sus aspiraciones superiores». Si no se puede negar que el individuo depende de la sociedad, no debemos olvidar que la sociedad humana no es, no debe ser un simple hormiguero regido por instintos rígidos. Las estructuras sociales y las relaciones humanas, son muy variables y ofrecen grandes posibilidades de transformación. La sociedad, según Einstein, debe ser como «ajustamiento orgánico, como una fuerza protectora. El hombre no puede encontrar un sentido a la vida, ya corta y peligrosa, sino sirviendo a la comunidad».

Definiendo de este modo la correlación individuo-humanidad, el sabio demuestra que el origen del mal reside en el desequilibrio económico de la sociedad: «Estamos en presencia de una vasta colectividad de productores, cuyos miembros se esfuerzan, sin descanso, en robarse los frutos de su trabajo común» si no por violencia, por lo menos mediante «normas legales». Y eso, en gran parte, en el beneficio privado de unos cuantos. «Se produce para la ganancia y no para el consumo... «La competencia forzada conduce a una enorme pérdida de trabajo y a la deformación de la conciencia social del individuo». Condenando esta competencia despiadada, Einstein cree que no existe más que un medio de vencer el mal: «el de elaborar una economía social apoyada por un sistema de educación, concebido según objetivos comunitarios». Inclina hacia una economía dirigida que, «consagrando los medios de la comunidad a la producción, repartiría las tareas entre todos los aptos para el trabajo y garantizaría a cada hombre, a cada mujer y a cada niño una vida decente». Expresándose con-

tra la extremada concentración de la potencia política y económica, contra la omnipotencia de la burocracia estatal, Einstein concluye que la humanidad—si logra apartar estas formas de opresión—«podrá obtener un milenario de paz, de prosperidad y felicidad».

Palabras de profeta, pero pronunciadas con la simplicidad de la razón lúcida, con el calor del buen sentido, con la sinceridad del sabio desinteresado, ajeno a las vanidades mundanas. Bajo la avalancha de los honores y homenajes, oficiales o privados, este genio científico ha conservado la serenidad del hombre que se siente solidario con el destino de todos los hombres sencillos y trabajadores. Tenemos, en su vida sobria y modesta, en sus modales que ignoraban las así llamadas «convenciones sociales», la respuesta a su propia pregunta: «¿Cómo es posible que siendo mis libros tan poco accesibles al público, yo sea tan popular?». La multitud, los hombres de las calles y de los talleres, tienen la intuición de las verdades universales formuladas por un sabio; ellos sienten en él a un guía, a un protector, a un consolador. Decía una vez Bertrand Russell, el filósofo y matemático inglés: «Quien conoce lo que Einstein ha hecho, queda atónito; pero muy pocos saben qué ha hecho». ¡No! Muchos saben ya lo que ha hecho este hombre, que ha puesto sus excepcionales dotes intelectuales y espirituales al servicio de la humanidad, es decir, de los individuos que constituyen el pueblo universal, unitario, anhelando la paz, la justicia y la libertad.

Einstein ha servido a todos, sin pedir nada para sí. Su conciencia era demasiado rica y fuerte, para buscar alguna recompensa en las apariencias pasajeras de la gloria. Si necesitaba un descanso después de su trabajo agotador o después de las duras pruebas de las contingencias social-políticas, él lo encontraba en sí mismo, en la comunión con las bellezas y energías de la naturaleza, y en esa oración que siempre ha sido para él la música. La música bienhechora del alma, la música vivificadora de las esferas as-

trales. Este sabio tenía un alma de poeta y artista. Su lucidez no ha inhibido su sensibilidad. Hombre integral, la ciencia y el arte formaban las dos alas de su espíritu que abarcaba a este mundo nuestro y a los mundos del infinito celeste. Lo decía él mismo: «En mi concepto, la función más importante del arte y de la ciencia, es despertar este sentimiento religioso cósmico y mantenerlo vivo en quienes sean capaces de experimentarlo».

El matemático que concentraba su ciencia en algunas fórmulas, el físico que levantó el velo de los secretos de la materia y energía, es decir de la creación, de la vida y muerte, ha dado a la palabra «religión» el sentido puro, librado del peso de los dogmas, del fetichismo, de la idolatría, de todos los fanatismos mortíferos. Este hombre «judío de raza, alemán de nacimiento, suizo y luego norteamericano por autodeterminación»—como lo calificaba un periodista—ha sido antes que todo un ciudadano libre de la humanidad, sirviendo de este modo a su propio pueblo, hostigado por los tiranos, perseguido por los carniceros de rebaños humanos. Si no aceptó la presidencia del nuevo Estado de Israel, ha ofrecido al pueblo de sus antepasados el tesoro de su ciencia y de su hombría de bien, uniéndolo a los otros pueblos empeñados en salvar la paz del mundo y los valores permanentes de la cultura universal (1).

Cabe recordar aquí su mensaje a la Liga Judía de la Paz, en Berlín, 1930. Refiriéndose al judaísmo, decía que él había demostrado que el intelecto es la mejor arma de la historia. El judaísmo, oprimido, se ha burlado siempre de sus enemigos rechazando la guerra y enseñando la paz. Y añade Einstein esta exhortación, tan actual: «Hoy, cuando lo mejor de la humanidad está tratando de llevar adelante la idea de la paz, es el deber de nosotros, judíos, poner a la disposición del mundo nuestra dolorosa experiencia de varios miles de años y, fieles a las tradiciones éticas de nuestros antepasados, convertimos en luchadores por la paz, unidos con los más nobles elementos de todos los círculos culturales y religiosos».

En el mismo sentido se ha expresado mucho antes de la institución del Estado de Israel, cuando las relaciones entre judíos y árabes llegaron a los choques sangrientos que todos lamentamos. «Seguiremos los dictados de la sabiduría», decía Einstein en una recepción que le ofrecían en la Municipalidad de Nueva York. «Permaneceremos fieles a nuestras tradiciones, las cuales, por sobre todo, dan substancia y significado a la unidad de Israel. Porque esta unidad de los judíos en todo el mundo no es de ningún modo una unidad política, y nunca se convertirá en tal. Está ex-

clusivamente fundada en una tradición moral. Solamente con esta base podrá el mundo judío mantener sus fuerzas creadoras, y es también el único justificativo de su existencia.»

Por otra parte, en sus meditaciones éticas y filosóficas recopiladas en el libro *Cómo veo el mundo*, podemos descubrir los pensamientos más íntimos, más profundos de Einstein acerca del destino y el porvenir humano. Este precursor del hombre integral, del hombre universalizado, nos ha legado mediante sus conquistas científicas los elementos de una religión cósmica, que no anula de ninguna manera las intuiciones del monoteísmo y sus principios éticos, de paz y justicia. La religión cósmica, declara Einstein, «es el culto a la bondad, a la belleza y a la verdad... Está basada en el amor al prójimo, y quien la profese debe estar dispuesto a sacrificarse por un ideal, a entregarse sin reservas y pródigamente a un objetivo grande y noble...» (1).

EN AMERICA.

Para concluir, queremos añadir algunas palabras para los americanos. Alberto Einstein ha continuado su obra hasta el fin de su vida en el Norte de este continente, refugio de tantos otros servidores desinteresados de la cultura y de los combatientes por los derechos humanos. Recuerdo que el profesor Jorge Fr. Nicolai, el gran biólogo, médico y psicólogo, colega de Alberto Einstein en Berlín, me dijo después de la primera guerra mundial que la nueva Europa nos volverá por el camino de América del Sur. Entonces, en 1921, no comprendí bien esa afirmación paradójica. El profesor Nicolai es también un refugiado en la tierra americana, desde más de treinta años, y sigue trabajando en el espíritu de la cultura universal. Ahora, después de siete años de permanencia en el Uruguay—pues yo también soy un humilde compañero de ruta, un refugiado, después de vivir en Europa la segunda guerra mundial, bajo cuatro regímenes de opresión—ahora comprendo la honda y esperanzadora verdad que contiene la profecía del profesor Nicolai. Como él, como el desdichado Stefan Zweig, como Rudolf Rucker, Emil Ludwig, E. Toller, Heinrich Thomas Mann y otros sabios y literatos europeos, Alberto Einstein ha salvado, en la acogedora tierra americana, el honor de la ciencia, de la cultura europea, por la afirmación constante de su humanismo activo, por su lucha en pro de la paz y la libertad, con lo que ha devuelto a Europa sus verdaderos valores permanentes.

Así se ha tendido un puente más entre Europa y América, para la cooperación por un mundo mejor, por una sociedad librada de las pesadillas de la intolerancia, del odio y de la locura sangrienta de la guerra.

Eugen RELGIS

(1) A la pregunta de un diario norteamericano, Einstein contestó que es perfectamente posible ser judío de nacimiento e integrante de otro pueblo: «Yo me considero hombre. El nacionalismo es una enfermedad infantil. Es el sa-rampión de la humanidad. No creo en la existencia de razas. Son un fraude. Los pueblos modernos están constituidos por la conglomeración de tantas mezclas étnicas, que es imposible la subsistencia de una raza».

(1) «¿Se puede imaginar a Moisés, Jesús o Gandhi armados con la bolsa de un Carnegie?», preguntó Einstein en otra oportunidad, aludiendo a las religiones mercantilizadas.



ORWELL y el ANARQUISMO



principio de 1937, cuando los miembros del «Left Book Club» estaban leyendo «The Road to Wigan Pier», con desagrado por la diatriba de Orwell contra los socialistas británicos, su autor se hallaba tiritando de frío en una trinchera en las colinas que rodean a Zaragoza. Fué a España, dice él, «con ideas de escribir artículos para la prensa», pero se había unido a las milicias casi inmediatamente que llegó, porque en aquella época y en atmósfera tal parecía la única cosa concebible que cabía hacer». El lento tren que le llevó a través de Francia iba cargado de checos, alemanes y franceses, todos encaminados en la misma misión.

«Aproximadamente a mitad de camino en Francia, los pasajeros ordinarios se apearon. Puede que hubiera algunos no bien definidos periodistas como yo, pero el tren era prácticamente un tren de tropa y la gente lo sabía. Por la mañana, cuando nos deslizábamos a través del sur de Francia, todo campesino trabajando en el campo se volvía, se erguía solemnemente y hacía el saludo antifascista. Estos eran como una guardia de honor, saludando al tren un kilómetro después de otro» (1).

Cuando llegó a Barcelona en diciembre de 1936, se encontró en una ciudad revolucionaria con una atmósfera que le estremeció y excitó.

«Los anarquistas estaban aún en el control virtual de Cataluña y la revolución todavía estaba en plena acción. A cualquiera que hubiese estado allí desde el principio probablemente le pareciera incluso en diciembre o enero que el período revolucionario había terminado; pero cuando uno venía directamente de Inglaterra, el aspecto de Barcelona era algo alarmante y abrumador. Era la primera vez que yo había estado en una ciudad donde la clase trabajadora gobernaba... Por encima de todo existía una creencia en la revolución y en el futuro, un sentimiento de haber emergido de buenas a primeras a una era de igualdad y de libertad. Los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranajes en la máquina capitalista. En las barberías había carteles anarquistas (los barberos eran anarquistas la mayoría) explicando solemnemente que los barberos habían dejado ya de ser esclavos. En las calles se hallaban carteles de colores invitando a las prostitutas a que dejaran de serlo. Para cualquiera venido de esa mofante civilización de la raza de habla inglesa existía algo patético en la exactitud literal con que estos idealistas españoles tomaron las repetidas frases de revolución» (2).

El verdadero significado y naturaleza de la guerra de España y las diferencias irreconciliables dentro del «frente»

antifascista habían sido ocultadas del mundo exterior y al principio Orwell no las captó:

«Cuando yo fui a España y por algún tiempo después, no solamente no me hallaba interesado en la situación política, sino que no tenía conocimiento de ella. Si me hubiesen preguntado por qué me uní a las milicias habría contestado: «Para luchar contra el fascismo», y si me hubieran preguntado para qué estaba luchando habría contestado: «Decencia común». Yo había aceptado la versión «News Chronicle»-«New Stateman» de la guerra como la defensa de la civilización contra una erupción maniaca de un ejército de Coroneles Blimps a sueldo de Hitler. La atmósfera revolucionaria de Barcelona me había atraído profundamente, pero yo no había hecho intento alguno para comprenderla. Sé que me hallaba sirviendo en algo llamado P.O.U.M. (Me había unido a la milicia del P.O.U.M. más bien que a ninguna otra solamente porque resultó que llegué a Barcelona con papeles de I.L.P.), pero no me di cuenta de que existían serias diferencias entre los partidos políticos» (3).

La naturaleza de la revolución popular y la indiferencia del gobierno del Frente Popular frente al levantamiento de Franco es descrito por Orwell en estos términos:

«Durante los primeros meses de la guerra, el verdadero oponente de Franco fueron los sindicatos. Tan pronto como estalló el movimiento, los obreros organizados de la ciudad respondieron declarando la huelga general y pidiendo (y después de luchar, consiguiendo) armas de los arsenales públicos. Si no hubieran actuado espontáneamente y más o menos independientemente, es completamente concebible de que Franco no hubiera encontrado resistencia. Naturalmente, no puede haber seguridad acerca de esto, pero existen razones para pensarlo. El Gobierno había hecho un pequeño intento o ninguno en atajar el levantamiento, el cual había sido previsto desde hacía mucho tiempo, y cuando los disturbios empezaron, su actitud fué débil y titubeante; tanto así, que España tuvo tres primeros ministros en un simple día. Además, el solo paso que pudo salvar la situación inmediata, el armar a los trabajadores, se tomó a regañadientes y en respuesta al clamor violento popular. Por tanto, las armas fueron distribuidas y en las grandes ciudades del este de España los fascistas fueron derrotados por el gran esfuerzo, principalmente de la clase trabajadora ayudada por algunas de las fuerzas armadas (Guardia de Asalto, etc.) que había permanecido leal. Fué la clase de esfuerzo que probablemente sólo puede realizar la gente que está luchando con un fin revolucionario; es decir, que pensaba estar luchando por algo mejor que el «statu quo». En varios centros de revueltas se cree que murieron en la calle tres mil personas en un solo día. Hombres y mujeres armados sólo

con palos y dinamita se lanzaban a través de plazas abiertas y asaltaban edificios fortificados y defendidos por ametralladoras servidas por soldados entrenados. Los nidos de ametralladoras que los fascistas habían construido en sitios estratégicos, eran volados por taxis lanzados a ochenta kilómetros a la hora. Aunque uno no hubiera oído nada sobre la requisita de la tierra por los campesinos, la constitución de los municipios libres, etc., sería difícil creer que los anarquistas y socialistas, que eran la vértebra de la resistencia, hacían estas cosas por la preservación de la democracia capitalista, la cual, especialmente en la opinión de los anarquistas, no era más que una máquina de fraudes centralizada.

Mientras tanto, los trabajadores tenían las armas en las manos y en esta época se resistían a entregarlas. (Incluso un año después, se calculaba que los anarco-sindicalistas en Cataluña estaban en posesión de 30.000 fusiles). Las propiedades de los grandes terratenientes pro-fascistas fueron incautadas por los campesinos. Parejo con la colectivización de la industria y el transporte hubo intentos de implantar los principios de una estructuración de la sociedad, por medio de comités locales, patrullas de trabajadores para reemplazar las viejas fuerzas pro-capitalista, milicia de trabajadores basadas en los sindicatos, etc., etc. Naturalmente, el proceso no era uniforme, y en Cataluña fué más lejos que en otras partes. Hubo sitios donde las instituciones del gobierno local permanecieron casi intactas y otros donde existían en contactos directos con los comités revolucionarios. En algunos lugares se formaron comunas anarquistas independientes y muchas de ellas vivieron hasta un año después, cuando fueron disueltas a la fuerza por el Gobierno. En Cataluña, en los primeros meses, casi todo el poder estaba en manos de los anarco-sindicalistas, quienes controlaban la mayoría de las industrias clave. Lo que se desarrollaba en España no era meramente, en realidad, una guerra civil, sino el principio de una revolución. Es este hecho precisamente el que la prensa antifascista fuera de España había procurado especialmente oscurecer. La cuestión había sido enfocada como «fascismo contra democracia» y el aspecto revolucionario había sido ocultado lo más posible. En Inglaterra, donde la prensa está más centralizada y el público es más fácil a engañar que en otra parte, sólo dos versiones de la guerra española han tenido alguna publicidad de que se pueda hablar: la versión del ala derecha de los patriotas cristianos contra los bolcheviques chorreando sangre, la del ala izquierda de los caballeros republicanos sofocando una revuelta militar. El punto central ha sido encubierto con éxito» (4).

La compañía de milicia del P.O.U.M. donde estaba Orwell fué enviada a un sitio estacionario del frente de Aragón en las colinas que rodean a Zaragoza y después de tres semanas en la línea él fué enviado a una nueva posición más hacia el oeste, donde se hallaba un nuevo contingente de I.L.P. que había llegado de Inglaterra. A mitad de febrero, todas las tropas del P.O.U.M. en el sector fueron enviadas al sitio de Huesca. Al final de abril volvió a Barcelona con permiso. Allí, él y su mujer (que era la secretaria de John McNair en la oficina de I.L.P. en Barcelona) presenciaron los acontecimientos conocidos por «Los días de mayo», que marcaron el final de la revolución y el punto decisivo de la guerra. Definiendo la crisis de varias facciones, pinta la posición anarquista de la forma siguiente:

«De cualquier forma el vago término «anarquista» es empleado para cubrir multitud de gente de diferentes ideas.

El gran bloque de sindicatos que componen la C.N.T. (Confederación Nacional del Trabajo), con casi dos millones de miembros, tenía por órgano político la F.A.I. (Federación Anarquista Ibérica), una verdadera organización anarquista. Pero incluso los miembros de la F.A.I., aunque siempre matizados, como tal vez la mayoría de los españoles lo está, con la filosofía anarquista, no eran necesariamente anarquistas en el sentido más puro. Especialmente desde el principio de la guerra habían marchado más en dirección del socialismo ordinario, porque las circunstancias les habían forzado a tomar parte en la administración centralizada e incluso a romper todos sus principios al entrar en el Gobierno. Sin embargo, ellos diferían fundamentalmente de los comunistas, tanto que, lo mismo que el P.O.U.M., ellos aspiraban al control obrero y no a una democracia parlamentaria. Ellos aceptaron la consigna del P.O.U.M. de «La guerra y la revolución son inseparables», aunque ellos no eran tan dogmáticos sobre ello. Más o menos la C.N.T.-F.A.I. perseguían: Primero, el control directo de la industria por los trabajadores empleados en la misma; ejemplo, transporte, fábricas textiles, etc.; segundo, dirección por los Comités locales y resistencia a toda forma de autoritarismo centralizado; tercero, inflexible hostilidad a la burguesía y la Iglesia. El último punto, aunque el menos preciso, era el más importante. Los anarquistas eran lo opuesto a la mayoría de los llamados revolucionarios en tanto que, aunque sus principios eran algo vagos, su odio al privilegio y a la injusticia era perfectamente genuino. Filosóficamente, comunismo y anarquismo son polos opuestos. Prácticamente, es decir, en la forma de sociedad perseguida, la diferencia es mayormente de énfasis, pero completamente irreconciliable. El esfuerzo o énfasis comunista se dirige siempre al centralismo y eficacia; el anarquismo a la libertad e igualdad. El anarquismo está profundamente arraigado en España y seguramente sobrevivirá al comunismo cuando la influencia rusa desaparezca. Durante los dos primeros meses de la guerra fueron los anarquistas más que nadie los que salvaron la situación, y después las milicias anarquistas, a pesar de su indisciplina, fueron notoriamente los mejores combatientes entre las fuerzas puramente españolas. Desde febrero 1937 aproximadamente en adelante, los anarquistas y el P.O.U.M. pudieron hasta cierto punto marchar juntos. Si los anarquistas, el P.O.U.M. y el ala izquierda de los socialistas hubieran tenido la idea de unirse al principio e imponer una política realista, la historia de la guerra podría haber sido diferente. Pero en el primer período, cuando los partidos revolucionarios parecían tener el juego en sus manos, esto era imposible. Entre los anarquistas y los socialistas existían viejos celos, el P.O.U.M. como marxista, era excéptico del anarquismo, mientras que desde el punto de vista puramente anarquista, el «trotskismo» del P.O.U.M. no era mucho más preferible que el stalinismo de los comunistas. No obstante, las tácticas comunistas tendían a conducir a los dos partidos a aproximarse. Cuando el P.O.U.M. se unió a la desastrosa lucha en Barcelona en mayo, fué principalmente por el instinto de permanecer al lado de la C.N.T., y más tarde cuando el P.O.U.M. fué suprimido, los anarquistas fueron los únicos que se atrevieron a levantar la voz en su defensa» (5).

Orwell dedica una gran parte de su libro a los «Días de Mayo» y a la contrarrevolución. «Homage to Catalonia» (Homenaje a Cataluña) y «Lessons of the Spanish Revolution» (Lecciones de la Revolución Española) de Vernon Richards son las únicas obras en lengua inglesa que inter-

pretan en detalle estos acontecimientos. El tema del libro de Richards, el estancamiento de la revolución popular por los líderes de las fracciones revolucionarias por los pretendidos intereses de la lucha contra Franco, es elucidado por muchas de las observaciones de Orwell. De los «Días de Mayo», escribe: «Del lado anarquista, la acción fué casi seguro espontánea, porque fué una cuestión principalmente de la masa. La gente se tiró a la calle y sus líderes políticos les siguieron a la masa, o no les siguieron de forma alguna». Y de la contrarrevolución en general:

«No existía movimiento general y definido contrarrevolucionario, y hasta 1937, fué escasamente necesario usar la fuerza. A los obreros se les podía siempre hacer acceder a todo con la cuestión de: «Si no hacéis esto, éso y lo más allá, perderemos la guerra». En todo caso, no hace falta decir, lo que la necesidad militar exigía, la entrega de algo que los trabajadores habían ganado por sí mismos en 1936. Pero el alegato no podía fallar, porque perder la guerra era lo último que los partidos revolucionarios podían desear; si la guerra se perdía, democracia y revolución, socialismo y anarquismo, se convertían en palabras muertas. Los anarquistas, el único sector revolucionario importante, fueron obligados a ceder terreno paso a paso. El proceso de la colectivización fué reprimido, los comités locales fueron suprimidos, las patrullas de obreros fueron abolidas y la fuerza de policía de la pre-guerra en gran parte reforzada y fuertemente armada, fué restaurada, y varias de las principales industrias que habían estado bajo el control de los sindicatos fueron cogidas por el Gobierno (el asalto de la Telefónica de Barcelona, que condujo a la lucha de Mayo, fué un incidente del proceso); finalmente, lo más importante de

todo, las milicias de trabajadores formadas por los sindicatos, fueron deshechas poco a poco y distribuidas entre el nuevo Ejército Popular, un ejército apolítico de tinte semi-burguesa, con una diferencia de paga, con una casta privilegiada de oficiales, etc., etc. En estas circunstancias especiales, éste fué verdaderamente el paso decisivo. En Cataluña ocurrió esto más tarde que en otra parte porque allí precisamente las fuerzas revolucionarias eran más fuertes» (6).

Para Orwell la cuestión estaba bastante clara. De un lado la C.N.T.; de otro la policía. «Yo no tengo aprecio particular por el idolatrado «trabajador» como aparece en la mente comunista burguesa; pero cuando veo un verdadero trabajador de carne y hueso en pelea con su enemigo el policía, no tengo que preguntarme a mí mismo de qué lado he de inclinarme». El había decidido dejar el P.O.U.M. y marchar a otro frente cuando terminara su permiso. «En lo que concierne a mis inclinaciones puramente personales, me hubiese gustado unirme a los anarquistas», pero los acontecimientos le enviaron a Huesca, donde fué herido. Fué enviado al hospital de Lérida y de allí a Barcelona. El P.O.U.M. había sido suprimido. Sus amigos detenidos, y la habitación de su mujer fué cacheada y después de intentos frustrados para conseguir la libertad de Georges Kopp, salieron de España, a dos pasos de la policía.

G. W.

(1) «Tribune», 15-9-44.

2-3-4-5 y 6, «Homage to Catalonia» (Homenaje a Cataluña.)



PAGINAS
DE AYER
Y DE HOY

De la inmoralidad social en el Amor

— I —



AS sociedades continúan existiendo porque los individuos no miden las coerciones del matrimonio monegámico indisoluble y aceptan el sacrificio eterno de criar hijos en cambio de una satisfacción fugaz de amor (concediendo que éste determine el matrimonio). La sociedad presiona a los individuos para que cometan ese error, educándolos para el matrimonio, enseñándoles que fuera de él todo amor es una inmoralidad. Para la sociedad es esa una **mentira vital**. Para imponerla trata de aprovechar un hecho biológico instintivo, la necesidad de amar en el momento de la madurez sexual; y subvierte el concepto del amor, adaptándolo a las necesidades de la familia y a las condiciones del matrimonio. Enseña que el amor ha de ser prolijo, pues de otro modo el grupo social desaparecería; y que ha de ser eterno, porque conviene que la unión conyugal sea indisoluble dada la duración de la educación. Nada importa a la sociedad sacrificar la personalidad de los padres; su único interés está en la crianza de los hijos.

Si los individuos pudieran advertir que al contraer matrimonio sacrifican su personalidad individual a la sociedad, los enamorados se resistirían a formar familia por respeto recíproco; ninguno, mujer u hombre, aceptaría una prueba de amor que significase una inmolación. Limitado el derecho de amar por la exclusividad y la perpetuidad, es probable que los individuos más eugénicos se sustraieran a la reproducción; sería natural y lógico que hombres y mujeres renunciaran a amar, para no aceptar hasta la muerte las cargas de la domesticidad. Las personas enteramente «razonables» preferirían la castidad al amor; quedaría para los aturdidos y los insensatos la tarea de soportar los penosos deberes de criar y educar hijos, que todos los padres consideran «sacrificios», aunque algunos hipócritas los llaman «encantos», para no pasar por tontos.

Felizmente—desde su punto de vista—cada sociedad posee creencias colectivas adaptadas a sus necesidades y conveniencias, que le permiten sacrificar el interés individual al interés social. La moralidad, adecuada a las costumbres y opiniones de la mayoría, impone el deber de cesarse para siempre como condición para amar en el momento de la madurez erótica, preparado en lo inconsciente por las necesidades instintivas.

Estas necesidades instintivas no requieren explicación. Hay edades, períodos, momentos, en que el organismo embriagado por la sobreactividad de sus funciones sexuales, influye sobre la mente para

apartarla del sereno juicio, haciendo desear con vehemencia un sacrificio que friamente no habría aceptado jamás. Es probable que la mayoría de los individuos de ambos sexos se decide a formar familia con quien acierta proponérselo en momento oportuno.

Llega casi siempre ese momento oportuno para que los individuos, ya domesticados por la educación, pierdan la poca lucidez de juicio que podría hacerlos resistir al gran holocausto de sí mismos. Ese eclipse de la razón basta para que los individuos se «comprometan», como dice el lenguaje vulgar con expresiva exactitud. Indefensos, quedan prisioneros de la máquina social; al llegar la madurez erótica, están domesticados para amar «moralmente», es decir, para aceptar las condiciones del matrimonio como la única forma moral del amor.

De acuerdo con sus opiniones colectivas la sociedad presiona la mentalidad del individuo, asociando estrechamente los conceptos de amor y matrimonio. Costumbres, sentimientos e ideas convergen a que la educación, desde la niñez, subordine el sentimiento individual del amor a las conveniencias sociales de la familia.

— II —

Esa domesticación es fácil en la inmensa mayoría de los hombres y mujeres, por su carencia de personalidad individual bien caracterizada. Los más se conforman a la presión social que los moldea desde la infancia. Aceptan la familia y el matrimonio como su situación más cómoda dentro de la sociedad; acaso, en rigor, no conciben que un individuo sensato pueda pensar de otro modo. En esas condiciones el ideal de cada uno consiste en contraer matrimonio con un cónyuge al gusto de los demás, es decir, que merezca la aprobación del medio social que le rodea. La mentira organizada tiene por resultado sustituir la elección del cónyuge según el propio ideal eugénico por una elección adecuada a las conveniencias sociales, el impulso de amor por el contrato de matrimonio, el ideal de amante por el ideal de criador. Pero la mentira no sería vital si la educación no consiguiera que se continuase llamando amor al despojo de matrimonio, subvirtiendo el concepto mismo del amor.

Presionados por la moralidad propia de su medio, los individuos acomodan sus valores eróticos a los valores matrimoniales, reemplazando la ilusión de amor por la ilusión doméstica. La educación lleva a considerar que la personalidad social de los padres se agranda en la domesticidad, creciendo proporcionalmente al número de hijos y a la duración del

matrimonio; como resultado de esa sugestión se considera que el amor «verdadero», el único «moral», es el que se prueba contrayendo la obligación de criar hijos hasta la muerte. El individuo que se decide a dar esa prueba tiene su ilusión doméstica formulada así: el ser preferido como cónyuge en ese momento seguirá siendo digno de amor hasta la muerte; sus condiciones eugénicas como reproductor se conservarán para la procreación de todos los hijos futuros; sus atractivos espirituales persistirán indefinidamente a través de la vida conyugal. Si la ilusión doméstica no implicara esos tres errores ninguna persona se decidiría a aceptar matrimonio monogámico indisoluble.

Se trata, pues, de una «mentira vital» indispensable para la prosperidad de la sociedad, pues sin ella el hombre y la mujer no afrontarían los deberes familiares que todo el mundo llama corrientemente sacrificios. Gracias a esa ilusión se atribuye un falso valor a las ventajas de poseer en matrimonio al ser amado, como si esposo permanente fuera sinónimo de amante actual. Esa ilusión hace considerar deseable la propiedad absoluta de un ser que en cierto momento representa una esperanza de dichas relativas y transitorias. Si en la hora decisiva la razón hiciera ese pequeño distinguo, nadie aceptaría los deberes domésticos. La ilusión sirve, pues, para vencer el temor al sacrificio.

— III —

Las ventajas que el matrimonio reporta a los individuos bien domesticados son inmensas y ofrecen grandes posibilidades de un bienestar compatible con la felicidad. El sencillo labriego forma su familia con la hija del vecino, amigo de su padre, cuando los dos viejos lo resuelven; para él, como no hay ni amor ni ilusión, no puede haber tedio ni decepción. Se casa como un animal doméstico a quien sus amos proporcionan un cónyuge, encantado con el manjar ofrecido a su apetito. Acatado el matrimonio como un deber social, lo mismo que el pago de impuestos o el servicio militar, es compatible con la dicha de los cónyuges. Los que se unen para formar una familia y criar hijos saben que el hogar es permanente. Encaran su asunto sin más perturbación amorosa que el natural deseo encendido por la esperanza de satisfacer un hambre de organismo: el matrimonio, en efecto, responde a esa esperanza, en condiciones que reúnen el placer, la economía y la comodidad. Ante esas ventajas ostentables se comprende que la mayoría de los hombres y de las mujeres constituya una familia; ese proceder es moral y la aprobación ajena hace más aceptables los deberes domésticos. La educación ha eliminado los últimos escrúpulos imaginativos, sugiriendo que el matrimonio es la realización del amor, de ese misterioso amor que siempre se ha oído alabar y que por estar prohibido se sueña como la dicha suprema.

La constitución de una familia, de acuerdo con las normas vigentes para el matrimonio, es un acto de disciplina social, rigurosamente condicionado por las conveniencias domésticas y sociales. Casarse «bien» significa someterse a la opinión de la mayoría, res-tringiendo extraordinariamente en cada caso el círculo de los posibles cónyuges ofrecidos a la elección individual.

Para que esa elección sea certera no es necesario que intervenga el amor: y aún podría decirse que constituye un serio elemento de perturbación. El ideal

de la domesticación es el matrimonio sin amor, por clara y meditada conveniencia, un matrimonio que merezca la aprobación unánime de los demás, un contrato social en que las dos partes puedan considerarse satisfechas ante la opinión pública.

La sociedad, en fin, premia el acto de disciplina. El estado matrimonial está rodeado por un serio ambiente de respetabilidad. Los casados disfrutan de cierta consideración, que para los demás importa un grado de felicidad no despreciable.

— IV —

La moral social establece la pura y simple inmoralidad de todo amor que no se adapta a las condiciones generales de la domesticidad. El hombre, para amar moralmente, debe comprometerse a aceptar los deberes propios de la vida familiar; la mujer, además, tiene que aceptar la condición de esclava dentro del matrimonio. El hombre está sometido a la sociedad; la mujer, a la sociedad y a su marido.

Todo sentimiento de preferencia guiado por el instinto sexual—todo amor puro—es mirado como una indisciplina o como una rebeldía si no tiene fines domésticos y no merece la aprobación social. Amar es una inmoralidad, ante la moral que sirve las conveniencias de todos contra los sentimientos de cada uno; amar es un pecado, ante los dogmas religiosos que pretenden cimentar la moralidad en mandamientos trascendentes; amar es un delito, ante la ley que protege la propiedad de los hombres sobre sus esposas e hijas. El que ama sin acatar las normas impuestas por la opinión de la mayoría está fuera de la ley, es un OUT-LAW (1); el que ama sin el propósito de contraer matrimonio, porque no puede o porque no quiere, es un simple ladrón del propietario, que da a ese robo el nombre especial de seducción, rapto o adulterio. La adaptación a la domesticidad ha traído la descalificación del amor indómito.

Ese riguroso criterio moral no ha impedido, sin embargo, que algunos individuos violen las limitaciones impuestas por la sociedad al derecho de amar. Algunos aman sin constituir una familia regular; otros, lo hacen fuera de la familia ya constituida. En ellos el Instinto Sexual no anulado por el Instinto Doméstico, reaparece como una supervivencia atávica.

Todos los que aman fuera del matrimonio son amantes verdaderos, las doncellas que se fugan, los enamorados que cautivan, los cónyuges infieles; esos amores «contrariados» o «ilícitos» son actos de indisciplina contra la moralidad ambiente. Los que se casan «mal» son verdaderos enamorados que se rebelan a la domesticación. En esos temperamentos, la coerción social exalta el amor y engendra las pasiones, que son siempre una lucha desesperada contra los convencionalismos de la domesticidad.

El matrimonio es una fuente de sufrimientos infinitos para los que, sin estar domesticados, lo aceptan en un momento de ceguera, sin tener presente los deberes familiares y sociales que la moral le asocia. La aceptación de un lazo exclusivo e indisoluble, es en ellos, un acto insensato, un renunciamiento absurdo de algo irrenunciable, una promesa de cumplimiento imposible. Pronto o tarde su imaginación se aviva al calor del instinto y quieren buscar el amor

(1) En inglés, en el original («fuera de la ley»).—V. M.

fuera de la domesticidad. Entonces la opinión de la mayoría los acosa, los bloquea, los persigue. El que acepta el matrimonio debe soportar sus consecuencias hasta la muerte. Si un deseo nace, si asoma una esperanza, si la intención osa romper las vallas de la moralidad, la vida se convierte en una tragedia de silenciosos esfuerzos para matar el sentimiento o en una desigual guerra a muerte contra la moral ambiente.

Todo verdadero amor que perturba las conveniencias sociales, coloca al amante, ante la opinión social, en las mismas condiciones en que está el delincuente ante la ley penal.

— V —

Los conceptos de «moralidad» e «inmoralidad», sólo pueden concebirse en función de un ambiente social y en un momento dado. Si el amor es una fuerza útil para la selección de la especie y vuelve a recobrar su imperio en la evolución humana, sobreviviendo a las formas actuales de la domesticidad, el símbolo merece ser respetado como un germen de moralidad futura, destinado a una feliz expansión cuando la presente moral doméstica sea considerada como una inmoralidad.

Si el amor es un instinto atávico de impulsos instintivos destinados a extinguirse en el porvenir, cuando la domesticidad reine soberana y no sea perturbada por el amor, el símbolo es una supervivencia mística del pasado, que desaparecerá a medida que el interés social logre excluir de la reproducción esos resabios de individualismo ancestral.

El problema no es sencillo. ¿La mujer se emancipará totalmente de la esclavitud patriarcal y reconquistará el derecho de amar? ¿La maternidad social redimirá a ambos cónyuges de la domesticidad y les devolverá su derecho de amar, aboliendo la exclusividad e indisolubilidad del matrimonio? ¿El matrimonio de amor será preferido al matrimonio de conveniencia? En ese caso el amor, inmoralidad de hoy, representará la moralidad de mañana.

¿El amor desaparecerá de la tierra y los indomesticables se extinguirán por inadaptación social? ¿El matrimonio de conveniencia hará desaparecer a la unión de amor? ¿La organización científica de la reproducción seleccionará artificialmente los fecundadores más aptos, de acuerdo con una mejor comprensión de los intereses de la descendencia? En ese caso una domesticidad perfeccionada representará la moralidad de mañana, acentuándose el carácter inmoral y antisocial del amor.

¿Cuán diversos de ambos sexos el destino moral del verdadero amante! En un caso sería vulnerable como un apóstol y precursor de la nueva moralidad fundada sobre el amor. En el otro sería aborrecible como atávico representante de una instintividad extinguida en un medio social adecuado a la domesticidad.

José INGENIEROS

EPILOGO DEL TRANSCRIPTOR

Este fragmentario estudio, espigado de la obra póstuma de Ingenieros, TRATADO DEL AMOR (1940), demuestra meridianamente la posición dominista y arquista del matrimonio monogámico y leguleyo, prostitución restringida que la ley—como la prostitución cortesana o callejera—ampara.

Desde el punto de vista del anarquismo verdadero, el problema del amor reside en la rotunda negación a la domesticidad matrimonial. Dentro del arco iris anarquista, vibra cada cual por una posición amorosa indómita. (Hablo aquí de los anarquistas que en verdad son.) En lo que a mí atañe, he manifestado ya mi pluralismo amoroso, principalmente basado en las concepciones pluralistas de María Lacerda y Han Ryner.

Perteneciendo al sexo masculino, entiendo que la mujer en el amor deja de ser esa «obsesión fisiológica», esa «mera carne de placer», que al juez o al cura se compra, para usufructo exclusivo y privado. La objeción de las «circunstancias actuales» y otras evasivas para justificar la posición matrimonial-arquista de presuntos libres, es por demás anticuada. El hombre que no puede sufrir que su «esclava» sea amada allende el matrimonio es un tirano sexual (esa «liranía» de señor y amo se manifiesta en los amores «ilícitos» según la moral, que aplaca él fuera de la prisión hogareña: sabido es que si «su» mujer otro tanto hiciera, el puñal o el revólver del homicida amoroso, darían pronto cuenta del asunto).

Para amar verdaderamente se debe estar desprovisto de «celos», esa enfermedad simplista y seguir amando con igual intensidad y serenidad al ser amado, aunque otros u otras lo amen también... En cuanto a nosotros—los hombres—debemos cesar con los adjetivos: «mi», «tu», etc. (mi mujer, tu mujer, etc.). La mujer debe ser suya y no nuestra. Claro es que se cuentan con los dedos de la mano los pocos indómitos que en el mundo son. No obstante ello, la misión nuestra, en tanto como artistas y pensadores, es describir la fealdad que satura la social vida.

Y retornando a José Ingenieros (1877-1925), cabe decir que ha sido uno de los filósofos más profundos y perdurables que ha habido en tierra suramericana. Cada cual tiene sus preferencias y bueno es que así sea. Las mías no deben ser las vuestras, etc. En cuanto a mí, al respecto, dos figuras emergen en Suramérica: María Lacerda e Ingenieros. Una en Norteamérica: Henry David Thoreau.

En su libro, EL HOMBRE MEDIOCRE, Ingenieros empieza así:

«Cuando pones la proa visionaria hacia una estrella y tiendes el ala hacia la excelstitud inasible, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en tí el resorte misterioso de un Ideal. Es ascua sagrada, capaz de templarte para grandes acciones. Custódiala; si la dejas apagar no se reenciende jamás. Y si ella muere en tí, quedas inerte: fría bazofia humana. Sólo vives por esa partícula de ensueño que te sobrepone a lo real. Ella es el lis de tu blasón, el penacho de tu temperamento. Innumerables signos la rebelan: cuando se te anuda la garganta al recordar la cicuta impuesta a Sócrates, la cruz izada para Cristo o la hoguera encendida a Bruno; cuando te abstraes en lo infinito leyendo un diálogo de Platón, un ensayo de Montaigne o un discurso de Helvecio; cuando el corazón te se estremera pensando en la desigual fortuna de esas pasiones en que fuistes, alternativamente, el Romeo de tal Julieta y el Werther de tal Carlota; cuando tus sienes se hielan de emoción al declamar una estrofa de Musset que rima acorde con tu sentir; y cuando, en suma, admiras la mente preclara de los genios, la sublime virtud de los sabios, la magna gesta de los héroes, inclinándote con igual veneración ante los creadores de Verdad o de Belleza.

»Todos no se extasian, como tú, ante un crepúsculo, no sueñan frente a una aurora o cimbrean en una tempestad, ni gustan de pasear con Dante, reír con

TEMAS LITERARIOS

PERRO MARTIR

En memoria de Mariano Viñuales y
José Pérez Burgos.



El perro, verdaderamente, no llevaba bozal—¡bozal, un perrillo zarcero...!—, mas la pinta era de tener amo. Un inocente chuchito tomándole el gusto a la mañana en un carasol. Está de buen ver. Está con la mayor compostura y a nadie molesta.

¡El lazo, el maldito lazo!

Esos hombres del mandarrón añudado por las que ostentan una insignia en la gorra, éstos han sido.

A la caza de bracos andan con el chirrión por las calles zaragozanas. La hazaña canina la realizan por sorpresa, artera, rápidamente. Y adelante con el chirrión.

Ahora no echan la tarangana o las zarazas a vistas de todo el mundo: tampoco los autos de fe son públicos y... ¡vaya si se celebran! No rustren a la brasa como antes, sino al fusil, que ahorra tiempo.

Lo más triste para este perrico, tan confiado y discreto, es el fin que le aguarda no teniendo quien vaya con la infausta nueva a su casa a los efectos de liberación, previo pago de la multa. Yo, que presencié la maldad, hubiera ido, pero ignoraba dónde vivía.

Va a entrar en capilla. Como su dueño, echándole en falta, no acuda presto a reclamarle, «Locustos» y «Tofanos»

de perros o le suministrarán el alcaloide procedente de las habas de San Ignacio; y hasta verte, Jesús mío.

Los del mandarrón, lobos para el amigo del hombre, de chirrioneros de basuras ascienden a laceros. Lacerar, laceración, lacerante, de lazo vienen. Ignoran lo que dice Espinel de los perros, Octavio Mirbeau de un perro, Schopenhauer del suyo, Viñuales de los suyos, Anatole France de «Riquet».

¡El pequeño gozque, tan coqueto, que en un carasol hallábase tomándole el gusto a la mañana! ¡Cuál no sería su sorpresa al recibir el tirón y caer en lo hondo del vehículo-cárcel, tal vez encima de otro perrico! Del susto, iría a gañir y no podría. Lo matarán, seguro, si a librarle de sus verdugos el amo no se da diligencia.

(Conozco al sujeto que está puesto por el Ayuntamiento al frente de la perrera como recompensa a ser lo que Angulo el malo en el teatro: Miguel Lía. Corro a verle y me dice que he hecho tarde, que ya las habas de San Ignacio suministradas al pequeño can por su mano—nunca más la estrecharé, monstruo—han producido el consiguiente efecto.)

Lías y laceros crueles, que sois laceradores de perros inocentes: en verdad os digo que vuestra insignia debía ser una carlanca.

PUYOL

Molière, temblar con Shakespeare, crujir con Wagner; ni enmudecen ante el David (1), la Cena o el Partenón. Es de pocos esa inquietud de perseguir ávidamente alguna quimera, venerando a filósofos, artistas y pensadores que fundieron en síntesis supremas sus visiones del ser y de la eternidad, volando más allá de lo Real. Los seres de tu estirpe, cuya imaginación se puebla de ideales y cuyo sentimiento polariza hacia ellos la personalidad entera, forman raza aparte en la humanidad: son idealistas.

Todas las obras de Ingenieros son aconsejables a los jóvenes aun no domesticados del todo por la sociedad arquista. Asequibles en castellano, a causa de sus numerosas ediciones argentinas, pueden engrosar el caudal educativo de nuestras bibliotecas. He aquí, pues, la bibliografía suya:

«La psicopatología en el arte», 1902; «La simulación en la lucha por la vida», 1902; «Simulación de la locura», 1903; «Psicopatología del lenguaje musical»,

1907; «Histeria y sugestión», 1908; «Al margen de la Ciencia», 1908; «Sociología argentina», 1910; «Principios de psicología», 1911; «Criminología», 1913; «El hombre mediocre», 1913; «Hacia una moral sin dogmas», 1917; «La cultura filosófica en España», 1917; «La evolución de las ideas argentinas», 1918; «Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía», 1918; «Las doctrinas de Ameghino», 1919; «La locura en la Argentina», 1920; «Emilio Boutroux y la filosofía francesa», 1923; «Las fuerzas morales», 1925; «Los tiempos nuevos», 1925; «Tratado del amor», 1940.

Transcribió Vladimir Muñoz.

(1) La principal copia del «David», de Miguel Ángel, en el mundo, aunque en bronce y no en mármol de Carrara, es la que se encuentra en el cruce de las calles Guayabo, Jackson y Rivera, en Montevideo (Uruguay).

CUENTOS DE LA NOCHE

NOCTURNO EN EL MAR



El viejo y el niño se adormecían mecidos por el dulce chapotear del agua. La noche era increíblemente clara y silenciosa. Hasta las olas parecían haber quedado como paralizadas. El mar apenas se movía y la barca oscilaba con movimiento más tenue que el balanceo de una hoja movida por la brisa.

La luna brillaba, plateando la inmensidad líquida. A lo lejos, aquí y allá, como sembradas en el mar, se veían encenderse y apagarse las lucecitas de los otros «gusis». La larga red, tendida en una extensión de centenares de metros, dentro de unas horas se iría cerrando, cogiendo entre sus mallas miles de peces.

El viejo Enric, reclinado sobre unos cordajes, fumaba silenciosamente su pipa. Pepet no se saciaba de contemplar el espectáculo fantástico de la noche, hasta que sus ojos, cansados, se cerraban dulcemente, invadido por una necesidad de dormir grata e irresistible.

¿Qué pensaba el viejo pescador, en esas noches de cavilar en su «gusi»?

¿Quién podría decirlo? ¡Cuántas y cuántas ideas caminaban por su cabeza, cubierta de blancos cabellos, hirsuta y brava, restos de una salvaje y viril belleza!

Pero es seguro que su pensamiento estaba muy lejos de aquella Costa Brava, donde había pasado, sin embargo, toda su existencia, desde su infancia hasta esta vejez heroica y penosa.

A veces sus ojos se posaban conmovidos sobre Pepet. Y volvía a verse niño, descalzo de pie y pierna, acompañando a su padre en la misma pesca ancestral, transmitida de padres a hijos, como tradición y como medio de vida. Otras veces, no era a sí mismo lo que le evocaba el niño, sino sus hijos, sus dos chavales, que, como él, crecieron en el mar, se hicieron hombres sobre aquellos «gusis»; como él, vivieron y lucharon con los elementos en aquella misma Costa, de indescriptible belleza, dura y recia como el alma de sus moradores.

¿Dónde estaban ahora Pedro y Enrique? De vez en cuando llegaban cartas, unas desde Francia, otras

desde Australia. Los hijos estaban lejos. El vendabal se los había llevado. Y aún felices, los que salvaron la vida. El viejo pensaba en otros, hijos de amigos, que dormían el sueño eterno, víctimas de la ferocidad de una represión que para nada tuvo en cuenta la proporción de los delitos. En efecto, en aquellos pueblecitos rientes, donde todos vivían unidos, se conocían y convivían de generación en generación, no hubo ningún derramamiento de sangre. Se socializaron tierras y barcas; se destruyó lo tuyo y lo mío; se repartió lo que había, y entre lo que se repartió, hubo el trabajo, que debía hacerse y se hizo entre todos. No hubo más crimen, que el de nivelar las clases; que el de hacer a todos iguales; que el de distribuir equitativamente trabajo y productos.

Sin embargo, ¡a cuántos mataron luego «los otros», al hacerse dueños del pueblo, vencida la revolución, terminado el sueño generoso que hizo reinar la realidad de la justicia durante cerca tres años! Los hijos del viejo Enric pudieron escapar a Francia. El se quedó, con el nieto y la nuera, recién parida! ¡Cómo dejarles!

Lo metieron en la cárcel. Apesar de sus setenta años cumplidos, lo encarcelaron por el delito de tener dos hijos en Francia, considerados revolucionarios. Estuvo preso muchos meses, hasta que del pueblo mismo, el nuevo alcalde «de la situación», pero hijo de un discípulo de Enric, hizo gestiones para que lo liberaran.

Hacía años que el viejo había dejado de ir al mar. Sus hijos le sustituían con ventaja en la comunidad de pescadores.

En esos pueblos de la costa catalana, reinan costumbres transmitidas también de padres a hijos. El trabajo se hace en común. Cada cual aporta su «gusi» y sus brazos. El que aporta la barca grande, tiene dos partes: la suya, la de sus brazos, y la de la barca. Pero eso es todo. Luego los hombres trabajan solidariamente y se distribuyen con equidad el beneficio.

Enric volvió al mar, con su «gusi», ocupando solo el lugar de sus hijos ausentes. Tenían que comer, él, su nuera y su nieto. Ya no era tan ágil como los otros, pero su práctica del mar y de la pesca suplía lo que le quitaban los años. Y los otros pescadores le

respetaban y le querían. En su juventud y en su madurez templada, había sido uno de los reyes de la Costa Brava. No había otro como él en las horas de peligro, en los días en que el mar se enfurecía. Y cuando de bailar la sardana se trataba, tampoco tenía rival en el punteo.

Menos lo tenía, en juegos y justas, donde la gallardía y la destreza del hombre eran soberanas. Había sido un ejemplar magnífico de hombre, surgido de una raza que los griegos marcaron con su influencia y con su sangre. Atlético, robusto, de proporciones armoniosas, de semblante regular y hermoso, Enric evocaba, en su vejez activa, con su blanca cabellera y su barba nevada, esos varones de la antigua Hèllade, que imponían respeto con la austeridad de sus vidas y el recuerdo de sus pasadas gestas.

*

De la barca llegó la señal para empezar a recoger las redes. Enric tocó dulcemente a Pepet, al fin profundamente dormido:

—¡La hora llega, «baillet»!

El niño despertó sobresaltado.

—¡Dime lo que tengo que hacer, avil!

Enric sonrió. ¡Cuán orgulloso estaba de su nietecito! Era dócil y valiente, como su padre. Jamás rehuía el trabajo y tenía ya la pasión del mar. Siempre estaba en el agua, nadando como un pez, amando la pesca y sus aventuras fascinantes.

A veces le decía al abuelo:

—Cuando sea mayor, me haré marino en un barco grande y me iré hasta donde está el «tiet»!

Cuando llegaban las cartas de Australia, Pepet contemplaba soñador los sellos raros. Por la radio, por los libros de aventuras que leía, aquel continente lejano y misterioso se le hizo familiar. Si su abuelo y su padre se sintieron ligados a la tierra y al mar ancestral, él se evadía, con el pensamiento ahora, mañana con la acción, de aquella Costa Brava, y su afán de aventura le llevaba en sueños, le llevaría mañana en la realidad, hacia otros mundos, otras tierras, otros mares. Cuando veía la línea azul del horizonte, preguntaba al abuelo:

—¿Yendo así, lejos, lejos, sobre el mar, llegaríamos a Australia, verdad, «avi»?

—Sí, «baillet»—decía el viejo sonriendo.

En el niño revivía el alma aventurera de la raza. El mar ha sido siempre cuna de viajeros. Las olas son ya una invitación constante al viaje, hacia lejanías presentidas. Para Pepet, esa vaga inquietud, esa necesidad de la aventura, se cristalizaba en el nombre de Australia. Su padre estaba en Francia, esperando siempre poder volver. Pero él no pensaba en su padre; pensaba en su tío, en la tierra fabulosa y extraña, descrita por los libros, vista en el cine. Hacía allí iría mañana. Hoy, su deber era trabajar... y crecer.

*

Los «gusis» iban avanzando, arrastrando las redes, entre cuyas mallas se enredaban miles de pescados de todas dimensiones. La pesca había sido excelente. Volverían al pueblo con la barca llena. Habría una buena parte para todos.

El niño preguntó:

—¿Si todo el pescado que cogemos fuese nuestro, con lo que vale tendría bastante para pagarme el viaje hasta donde está el «tiet»?

—No, hijo. El «tiet» está muy lejos. Se necesita mucho dinero para pagar el pasaje. Tienes que esperar a ser marino y a ir en un barco trabajando.

—¿Y a qué edad puedo ir a pedir trabajo a un barco? Conozco bien el mar; sé nadar, hasta puedo decir cuando habrá o no tormenta.

El viejo se echó a reír:



—Has de comer todavía muchos buenos platos de sopa. No basta con todo lo que sabes. Has de ser fuerte. Has de ser un hombre.

Pepet suspiró. ¡Cuánto costaba ser un hombre! Tenía ahora nueve años. Hasta los quince no se era un hombre. Seis años todavía de espera. ¡Mientras el «tiet» no se marchase de Australia! O se muriera... Porque allí hay muchos peligros; él en el cine había visto un documental sobre la fauna de Australia.

Su inocente egoísmo infantil le hacía temblar por la vida del «tiet», por lo que ella tenía de preciosa con relación a sus deseos y proyectos.

Apesar de la charla, Pepet no se distraía, realizando con precisión todos los movimientos que el viejo Enric le ordenaba.

La luna iba hundiéndose en el firmamento, pero la noche seguía calma y clara. Pronto empezaría a apuntar la aurora. Y con los primeros rayos del sol llegarían las barcas a la playa, cargadas de pesca. De ella comerían todos y con su producto se aseguraría el sustento de las familias. El viejo Enric fumaría una

última pipa contemplando la venta del pescado y luego los dos, el viejo y el niño, se irían hacia la casa donde, de generación en generación, había transcurrido la vida de la familia.

Así cada día, hasta la consumación de los siglos y el fin de cada uno.

Enric aceptó su destino, con alegría y sin inquietud. El azar de las luchas, la persecución de una mayor justicia sobre la tierra, alejó a los hijos de lo que hubiera sido la continuidad de una existencia. Pero ahora el nieto rompería radicalmente con la tradición. A él no le echarían; él no huiría; el mar se lo llevaría, hacia las lejanías entrevistas quizá en la mocedad de los otros, pero restadas en la linde imprecisa de los sueños.

Como los antiguos navegantes, como los antepasados fenicios, judíos, griegos, el mar lo conduciría hacia playas nuevas. ¿Volvería?

Una sonrisa triste entreabrió los labios del viejo, agitó su barba de profeta.

Todos volvían. La llamada poderosa del pasado, el amor rudimentario de la tierra madre, les volvía a todos los que marchaban lejos. Hoy Pepet soñaba con Australia, con el país lejano que le evocaban los sellos exóticos, las cartas con olor extraño que llegaban después de recorrer el mundo. Mañana sería la voz profunda y recóndita de los recuerdos; la evoca-

ción de aquella infancia feliz y primitiva, lo que le volvería al regazo materno.

Los ojos de Enric se humedecieron. El ya no existiría. En el mar o en la tierra reposaría su cuerpo. Otros hombres repetirían el gesto ritual del trabajo milenario; otros hombres pescarían sobre los mismos o parecidos «gusis»; contemplarían la luna sobre el mar, como la habían contemplado, en la noche de los tiempos, antepasados tan lejanos como las tierras nuevas que encantaban las horas de Pepet.

—¡Enric! ¡La pesca ha sido buena!—le gritó el patrón de la barca.

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabados seamos nosotros, que hemos sabido pescarla!—retocó riendo el conductor de otro «gusi».

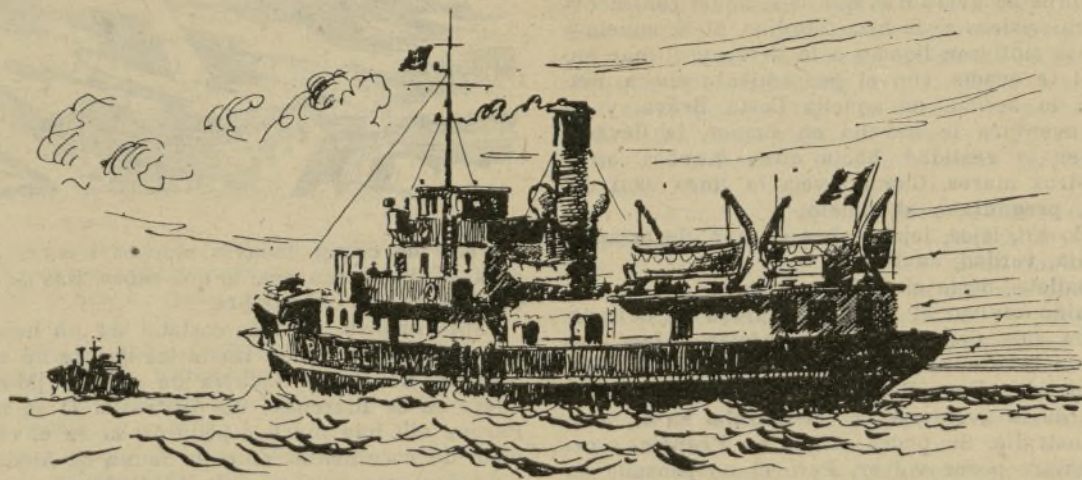
Pepet, de pie sobre el barquichuelo, se llenó los pulmones de aire salobre. ¡Cuán conmovedora era su figurilla, menuda y fiera, bien plantado sobre las robustas piernas, el torso desnudo bajo la camisilla flotante, erguida la cabecita, de cara siempre al infinito, por donde vogaba, incansablemente, la nave de su fantasía, el barco de sus sueños!

—¡Pepet, un día más y uno menos!

—¿Cuántos faltan, abuelo, para tener quince años?

—¡Mira, cuando lleguemos a casa, coje un lápiz y multiplica 365 por 6!

Federica MONTSENY



• CUESTIONES DE ENSEÑANZA •

LAS MATEMATICAS



La enseñanza de las matemáticas tiene una gran importancia. Presenta a la vez un carácter educativo y utilitario. Los dos sentidos, en lugar de verse «sacrificados» el uno en perjuicio del otro, deben marchar juntos y completarse. El aspecto exclusivamente educativo desarrollará las facultades directoras del niño, pero guardará una forma abstracta poco accesible. De la misma manera el lado utilitario, visto aisladamente, convertirá la enseñanza en un mecanismo rutinario y sin inteligencia que podrá ser un método fácil y de apariencia satisfactoria para el maestro, pero que será de «un» provecho muy discutible para el niño, perjudicando a la verdadera educación.

*

La enseñanza del sistema métrico, cálculo, aritmética, geometría, constituye una excelente gimnástica intelectual. Fuerza la atención, presta flexibilidad y agudeza a la inteligencia, da a los alumnos el hábito del análisis, de la reflexión, del buen sentido, disciplina el espíritu, fortifica su voluntad y le da confianza en sí mismo. Pero para obtener este resultado, precisa que sea concreta, práctica, racional.

Para ser concreta, debe dedicar un buen tiempo a las demostraciones materiales. Las lecciones puramente verbales no las retiene el alumno. La lección debe ser presentada bajo la forma de una lección de cosas. La observación, la experimentación deben ocupar un sitio preponderante. La operación manual debe preceder la operación aritmética; la expresión del lenguaje corriente, la expresión del lenguaje matemático. Lo que el espíritu ha manejado, descompuesto, descubierto, es lo que él ha comprendido y por lo tanto aprendido. Una cosa comprendida se retiene siempre. Hay que evitar hacerles repetir razonamientos que no comprenden, u operaciones de las que ignoran el por qué y las consecuencias.

Para que la enseñanza sea de un interés práctico, ella debe ser simple, positiva, directamente inspirada en la vida de todos los días, a la que ella debe preparar y que es, como dijo un filósofo, «previsión y cálculo». La enseñanza de las matemáticas no debe, pues, estar compuesta de ejercicios artificiales y abstractos que hacen intervenir mecanismos complicados y rutinarios, sino de cuestiones concretas y simples llenas de buen sentido.

Para que sea racional, las explicaciones teóricas son indispensables. Si se las suprimiese, la enseñanza se convertiría en empírica. Lejos de fastidiar al alumno, ellas facilitan su comprensión. No se demuestra, no se afirma. Se muestra, se hace trabajar a la inteligencia, al razonamiento, al espíritu, y no el automatismo y la memoria. La enseñanza de las matemáticas debe ir de lo concreto a lo abstracto. La operación sola no significa gran cosa en ella misma. Debe ser el punto de contacto entre la explicación teórica, o la experimentación, y la regla o la definición, a la cual debe conducir; facilitar, materializar el paso de lo concreto a lo abstracto. Tomemos por ejemplo al perímetro del cuadrado en el curso elemental. Se hace construir a los alumnos un cuadrado y fijar un alfiler en las cuatro esquinas, de forma que pueda hacerse pasar un cordel o un hilo. Se hace medir ese hilo. Se demuestra que es más simple medir separadamente cada uno de los lados y sumar el total. Debe procederse de la misma forma para hacerles descubrir por sí mismos que el perímetro del rectángulo es igual a dos veces la suma de la anchura y de la longitud.

En cálculo y en sistema métrico, la observación y la experimentación son los factores esenciales del éxito. **Dirigirse a los sentidos, es el medio más seguro de llegar a la inteligencia del niño.**

En cálculo, debe comenzarse por hacer contar al niño manualmente. Se le enseñará a hacer operaciones con ayuda de objetos palpables y simples (bastoncitos, bolas, guijarros, conchas). Interesa multiplicar y diversificar estos medios intuitivos, para dar al alumno, lo antes posible, la noción del número, independiente de la naturaleza de los objetos. Conviene también que se familiarice con él y que pueda reconocerle en no importa qué orden y bajo todos sus diferentes aspectos. Toda lección, al principio de la iniciación, comprende tres fases: 1) El niño cuenta los objetos (cálculo material); 2) El niño repite los números y su significación (cálculo oral); 3) El niño resuelve las mismas operaciones en la pizarra sin la ayuda de los objetos (cálculo escrito). En el curso elemental, el maestro utilizará aún de preferencia los números concretos. Por ejemplo: 6 manzanas; 4 gramos. Sólo en el curso medio se empezará a utilizar números abstractos, independientes de las unidades (estudio de los porcentajes, fracciones). En clase de fin de estudios, el maestro podrá al fin utilizar la teoría y la abstracción, pero con mesura y sólo cuan-

ASI ANDA EL MUNDO

LUCUBRACION

SOBRE LAS CATASTROFES



AS erupciones de volcanes están a la orden del día; más aún: aparecen volcanes nuevos en todas partes y los que se creían apagados, recobran su virulencia candente. Parece que las fuerzas naturales, celosas de las explosiones atómicas que el hombre provoca, quisiera dar a éste una lección de modestia y, al mismo tiempo, una advertencia amenazadora.

Plinio murió observando la erupción del Vesubio que ocurrió el año 79, cuando sus cenizas ardientes y su lava implacable sepultaron a las ciudades de Pompeya y Herculano, matando a 250.000 personas. El mismo volcán, en el año 472, devastó toda la provincia de Capua, llegando las cenizas hasta Constantinopla. El Monte Pelado de la Martinica arrasó a la isla en unas horas... y así, podríamos citar infinidad de estas erupciones desastrosas, como asimismo los temblores de tierra, los ciclones, las inundaciones, las sequías, los huracanes que periódicamente destruyen la obra del hombre en algunos minutos, tragando ciudades, aniquilando campos sembrados, derrumbando edificios y aniquilando flotas.

Parece que al hombre civilizado, al ser que necesitó milenios para sostenerse orgullosamente sobre el exiguo espacio ocupado por sus pies, no le bastan las catástrofes naturales; ese ser pensante que inventa sin cesar maravillas incapaces de liberarlo de una sola de sus necesidades animales, organiza pacientemente matanzas en serie valiéndose de aparatos, substancias y procedimientos que se acercan cada vez más a las fuerzas naturales desencadenadas. La espantosa bomba atómica a base de uranio, es ya un juguete junto a la nueva de hidrógeno, y ésta pronto será un trasto viejo al lado de las bombas de otros elementos nucleares que se empleen.

do sea necesario. Los ejemplos y las explicaciones dadas apoyando una demostración se graban en el espíritu del alumno. La segunda parte de la lección será la explicación de lo que ha sido dicho antes y un medio de control para el maestro.

En sistema métrico, la lección se presentará en forma de una lección de cosas. Todo debe apoyarse sobre ejemplos precisos. Si la lección es sobre las medidas de longitud, precisa enseñar a los alumnos lo que es un metro. Se les pedirá medir un cierto número de objetos para que se familiaricen con él. Aprenderán a pesar, con ayuda de una balanza. Se les pedirá después que hagan croquis sobre cuanto han examinado en el curso de la lección. Pero esta enseñanza, como la de todos los demás aspectos de la educación, debe ser graduada y bien ordenada.

Los desastres causados por las fuerzas ciegas de la Naturaleza, siempre han sido terribles, pero sin consecuencias para la naturaleza misma; seres vivos, árboles, tierras, mares, montañas, resistieron siempre a todas las calamidades. Los desastres que causará el hombre civilizado, que sólo representa una parte infinitamente reducida de la humanidad, serán suicidas para él y mortales para la naturaleza, porque las consecuencias posteriores a las catástrofes provocadas son espeluznantes por lo que ya se sabe, y tal vez lo sean más por lo que todavía se ignora.

El hombre «civilizado» ya no se concreta a suicidarse y a destruir semejantes con pretextos de salvajes o de fieras; ahora va a intentar destruir la vitalidad productiva del planeta y la de su especie, tal vez con todas las otras, ébrio de egoísmo y de orgullo, enloquecido satánicamente. Esta locura colectiva es la mayor de las catástrofes que tal vez también sea natural.

¿QUE PUEDE OCURRIR DESPUES DE LO DE SUIHO?

Los ataques destructivos a la presa de Suiho, sobre el río Yalu, en la frontera coreano-manchú, que, por los informes de pilotos y observadores de la fuerza aérea norteamericana, ha sido fatal a las plantas hidroeléctricas que abastecían de luz y energía a toda la Corea comunista y a buena parte de la Manchuria semi-ocupada por fuerzas soviéticas, ha provocado un revuelo internacional de tal magnitud, que en la Cámara de los Comunes el debate fué áspero y revelador del estado de ánimo del pueblo inglés, muy parecido al de todos los de Europa Occidental, convencidos de que en caso de una nueva guerra mundial total, como lo sería si estallara la que se prepara, están condenados a ser las primeras e irremediables víctimas.

Por ejemplo, es inútil, y perjudicial incluso, llenar la memoria de la criatura de nociones que forzosamente habrá de olvidar. Gradualmente y a cada nuevo curso, sus conocimientos serán más amplios y más completos.

Toda la pedagogía moderna se orienta en el sentido de la enseñanza práctica, viva, directa y simple, teniendo en cuenta la naturaleza del niño, y la naturaleza humana.

La enseñanza de las matemáticas, desde la escuela primaria hasta los cursos superiores, no debe tener en cuenta solamente al éxito presente y momentáneo del alumno, sino su vida entera y su interés futuro y durable.

Vida ESGLEAS-MONTSENY

GENIO Y CARACTER

de *Alfredo González*



N tanto la naturaleza, con el auxilio de la civilización encauzada por algunos elementos sobresalientes, se empeña en corregir los atavismos primitivos que nos atan al pasado, algunos ejemplares de nuestra especie se obstinan en ridiculizar la belleza, denigrar el ingenio, afeor lo estético, retrotraer al plano más inferior de la escala zoológica lo elaborado para la grandeza y admiración de la humanidad. El primitivismo ancestral que arranca de los primeros estratos sociales se presenta investido con títulos honoríficos y aparece dictando leyes y normas de conducta como un reto a la dignidad. Bien es cierto que existen animales irreflexivos, apáticos, que se conducen como seres inanimados, aparentemente incapaces de demostrar sentir emociones psíquicas. Los úcenios han descubierto esa característica del animal domesticado que

no por ello trepó las alturas dentro de la convivencia humana. Pero esto no es normativo. No responde ni representa al hombre dentro del concierto universal. «La base emotiva del concepto de personalidad en forma ilimitada, la calidad de sujeto de derecho está restringida.» Sin embargo, aún en estos casos existe un mínimo de obligaciones, de deberes. Nadie puede excluirse de nuestro mundo, de actuar dentro de un marco sociable, poniendo el mínimo esfuerzo por sobreponerse, por contribuir con su presencia a la obra del progreso.

Desde los tiempos históricos, los fenómenos culturales y científicos de la humanidad, en cualquier terreno que se los analice, no son el producto de una obra colectiva en su sentido genérico, sino resultado del esfuerzo de unos pocos. La colectividad ha sancionado con el peso de su volumen, de su poderío, estatuido lo creado por el ingenio. La idea básica, el núcleo fué obra individual. Descubrimientos físicos, químicos, arquitectónicos, combinaciones de problemas abstractos, respondieron a la persistencia, tenacidad, constancia y perseverancia de unos pocos, perdidos dentro del conjunto, imperceptibles casi. Ellos dictaron, dictaminaron y abrieron las rutas del progreso, trazaron los nuevos caminos al entendimiento, descubrieron nuevas constelaciones espirituales. Cuanto más nos remontamos a la historia, cuanto mayor intimidad aparece a nuestros ojos, más se oscurece el panorama de la civilización alcanzada. La fraternidad humana, esa entidad ideal que soñaron quienes vivieron milenios antes de nuestra era, aparece como algo difuso y nebuloso en punto a negar la eficacia de cuanto elemento contribuye a nuestra superación, ahogada bajo el peso de la ignorancia.

Desde el punto de vista filosófico, la humanidad no ha hecho sino repetirse, dice Alfredo González Prada. El mundo antiguo podría decirnos hoy las mismas palabras que a Platón el sacerdote de Menfis: «Vosotros, oh, griegos, no sois más que niños; no conocéis nada de más antiguo que vosotros; ignoráis lo que os ha precedido y, en vuestro orgullo, creéis que con vosotros ha comenzado a existir el mundo.» Pese a ello, ya sabemos pesar el pensamiento de los que vivieron milenios antes que nosotros, de los que nos enseñaron a armonizar y combinar líneas, amalgamar los colores en procura de adaptarlos a un nuevo gusto visual y estético, a mirar en perspectiva y descubrir, en ese paronama, los horizontes de la razón. Con un pequeño esfuerzo más no sabemos hasta dónde alcanzará nuestra voluntad creadora.

Formar una mentalidad cultivada en ambiente libre de miasmas, desprovista del contagio con virus de intolerancia, que aniquile la parte bestial que arrastramos como herencia pretérita, impone una autodisciplina, de firme voluntad conducida a un fin, que distingue a la figura humana de los semejantes de su especie. El hombre, que de la nada consiguió

La decisión ha sido puramente militar, y su realización exclusivamente norteamericana, puesto que los quinientos aviones atacantes pertenecían a las fuerzas aéreas de Estados Unidos. El general Clark felicitó a los aviadores, y, desde el punto de vista puramente táctico, es indudable que lo merecieron, pero ¿y desde el punto de vista político-internacional? La inquietud se manifestó en Tokio, en Londres, en París, en Roma y; posiblemente en Washington también, aunque aún no se ha exteriorizado oficialmente.

Según el Tratado chino-soviético de hace dos años, Moscú debía evacuar Manchuria antes del 31 de diciembre de 1951, pero ¿esa evacuación se ha realizado realmente, o ha sido parcial, o no lo ha sido de acuerdo con Pekín? Si lo último, que es lo más probable, responde a la realidad, la destrucción de las plantas hidroeléctricas de Suiho, afecta directamente los planes del Kremlin en Extremo-Oriente, y la reacción rusa puede manifestarse de diversas maneras, según sean ellos y las condiciones de preparación bélica del país.

La agitación comunista internacional parece obedecer a una consigna decidida de antemano; las declaraciones de la Prensa Asociada desde Seúl con motivo del segundo aniversario del estado de guerra en Corea, son sintomáticas. «Dos años de cruenta e inútil lid», titula «Excelsior», de México, a las operaciones bélicas que engloban a dieciocho países miembros de las Naciones Unidas, los que han sufrido 419.456 bajas, sin que la situación de los combatientes justifique la existencia de vencidos y vencedores, puesto que ambos contingentes enemigos se hallan todavía en una línea de fuego situada a unos cuantos kilómetros al sur del famoso Paralelo 38. Por todo ello cabe preguntar: ¿Qué pasará después de lo de Suiho?

Alejandro SUX

crear dioses y erigir monumentos a la libertad, medir el curso de los astros, atravesar la tierra en carrera más veloz que la del sol, necesita ya otro ambiente distinto del que respira en la tierra. Disconforme consigo mismo y con su obra terrena, trata de auscultar, pulsar los movimientos de otros mundos, escudriñar en su interior con el mismo afán con que estudia los problemas humanos. A dónde puede conducirnos esa avaricia del saber, ese cúmulo insatisfecho de sensaciones emotivas y plásticas que caracterizan el tiempo presente, queda todavía por descubrir. Mas lo cierto, lo que impone respeto y condición a la escala zoológica cuyo ejemplar más perfeccionado es el hombre, es que nadie podrá salvarse sin combate, eludir su parte de responsabilidad, escapar a la influencia de sus efectos. Por muy debajo del nivel común en que el individuo se obstina en colocarse, desperdiciando los valores que atesora por obra de la civilización, derrochando sin provecho ni gloria cuanto representa en el concierto universal como figura humana, esta cadena de finos eslabones que de todas partes le aprisionan, obliganle a hacer acto de presencia en este proceso, a expedirse sobre su propio problema.

Volvamos los ojos al pasado, en un gesto de generoso olvido por las horas que pasan, dice Alfredo González Prada. Los abuelos legendarios «que nos hicieron libres, tuvieron el ademán despreocupado del genio que esboza la obra y desdén la mezquinidad del detalle: nos dieron la libertad, confiándonos únicamente la labor de perfeccionarla. Los de ayer nos legaron a nosotros la gran tarea; nosotros confiaremos a las generaciones que hayan de sepultar la sagrada labor para la que nos sentimos impotentes.»

Su padre ha pronunciado el mismo pensamiento, con carácter de mensaje, en otras palabras y con distinta armonía. Mas veamos qué similitud, qué identidad de conceptos. Dirá con Montaigne que debemos la justicia a los hombres, como debemos la gracia y benignidad a las demás criaturas. «En las conciencias está la verdad.» La «humanidad se inclina ante la perfección suprema de la naturaleza como los sacerdotes egipcios se prosternaban ante los terneros blancos nacidos en los establos faraónicos.» Y si no podemos exigir de cada hombre la moral de un Pitágoras, que compra la redada de peces para regresarla al mar, o el espíritu de justicia de un Montaigne, que adquiere pájaros enjaulados para devolverles la libertad», esforcémonos, sin embargo, por infundirle el convencimiento, la confianza, la certidumbre en sí mismo para hacer más ligeras las «faenas necesarias a la existencia», pues que solidariamente compartimos por igual los dolores inherentes a la vida.

Yo justifico, dice, a aquella persona que «convencida de su error, puede volver al mundo y encauzar sus energías por el sendero normal de la naturaleza. Mas, triste suerte, por lo común, la del ser que emienda el rumbo: viene a ser en la sociedad lo que el albatros de Baudelaire sobre el puente del navío. Comienza, entonces, la vida espantosa, la vida del desarraigado, del que impulsó su ideal por una senda de inercia, y debe luchar hoy, minuto a minuto, en combate incesante. Aquel ser es incapaz de acomodarse, de encasillarse, de armonizar con los demás. Es un astro fuera de su órbita. Como el personaje de Wells, ha dormido largos años y la humanidad se ha adelantado a él.» Yo disculpo «a aquellos hombres que van por el mundo en apostolado de fe, difundiendo la palabra de un credo», pero no a esas instituciones vetustas que se atraviesan: «una que pugna por no morir; otra que lucha por vivir mejor»

y en la que llevan siempre la peor parte los mejores. De ahí que el combate sea permanente, de igual intensidad y la fuerza obliga en nuestro siglo a estrechar filas, a recurrir al auxilio de cada componente, en el interés común de salir con victoria, única que podrá hacernos más libres y más justos.

Ante la injusticia del padecer humano, agrega, «se rebela el corazón; ante la infamia de las desigualdades de clase, se subleva la conciencia. Todo hombre que piensa es, necesariamente, un revolucionario. ¿Quién puede aceptar la ceguera y sordomudez del destino sin apuntar un puño a las nubes o palpar la iniquidad social sin sentir el impulso de levantar guillotinas? Para un espíritu libre, Lenin será siempre más grande que Job. Aspiremos a fresco pulmón la brisa fresca de rebeldías y regociyémonos de penetrar en ellas, guiados «por la palabra del hombre, porque mientras la humanidad coma su pan en la aflicción y beba su agua en el espanto», tendremos un motivo obligado de acudir en su auxilio. Respondamos al llamado de la conciencia. Si no lo hiciéramos, no sólo seremos vencidos, sino muertos.

Hagámonos la firme resolución «de conquistar el bienestar que nos falta y la libertad que ambicionamos: la propia autosugestión del deseo unánimemente deseado nos volverá capaces de obtener todo aquello que ahora nos sentimos impotentes de conquistar. Encaremos al futuro con optimismo y sepamos confiar en las recónditas energías de la raza; tenemos un deber sagrado que cumplir y, tarde o temprano, lo cumpliremos.»

Manuel González Prada había depositado igual confianza en el futuro. También para él, históricamente, venimos saltando pirámides de prejuicios. Y el hombre ha sido creado para plantarse ante la historia y desviar su ruta. Para enfrentarse a los hechos y superarlos. Hasta aquí, el pensamiento ha tenido que malgastar su vigor en incesante lucha contra sacerdotes, becerros de oro, «zarabandas obscenas de cultos fálicos», licencia y desenfreno, persecuciones y martirios, sin tiempo para la necesaria quietud de la investigación. Desde los caldeos a nosotros, apenas si el genio creó una que otra obra maestra, oscurecida luego ante la presencia de la libertad. Las hazañas victoriosas en contiendas sangrientas son sólo prolegómenos de lo que vendrá, de lo que esperamos y deseamos. Fuimos arrastrados a esta lucha incruenta, forzados por la situación y contra nuestra voluntad. No matamos voluntariamente, sino obligados, y las salpicaduras de la sangre están ocultas en las arrugas de nuestra frente. Como representantes de la humanidad, nos horrorizamos de cuanto hicimos por cuan mal empleamos nuestras vidas, por algo tan propio y natural como es la conservación del derecho a ser libres de obrar y pensar.

Pese a lo cruento de esta lucha de siglos, conseguimos adquirir espíritu de visión, dominar ciertos problemas de convivencia social, poner alas a la fantasía, tomar contacto con el suelo en que residimos y comprenderlo, remontarnos al espacio, hablar con los astros y pronto llegaremos a ellos, conjurar maleficios, crear y abatir dioses y religiones, trasportarnos a las regiones del arte y hacerlas residencia nuestra.

Alfredo González Prada no alcanzó a conocer el desenlace de la última conflagración mundial ni auscultar, como nosotros, la caja de resonancia que pretende desencadenar el nuevo diluvio. Escuchó las palabras enfáticas de los líderes de nuestra época en arengas demagógicas de nuestros demócratas cristianos y los aullidos desenfrenados del vandalismo totalitario. Cuando cerró sus ojos, la victoria capitalista rondaba a las puertas de Europa. El, hombre de

CRONICA CIENTIFICA

1.—EL MISTERIO DEL CAMELLO.



A facilidad del camello de pasarse sin agua a todos nos ha interesado alguna vez. Se acostumbra a decir y se dice aún en algunas enciclopedias, que el camello guardaba el agua en la jiba, pero esto es completamente incierto; la jiba está constituida por grasa. Algunas gentes han dicho que el camello almacenaba el agua en uno de sus varios estómagos—el camello como la vaca, tiene varios estómagos—pasa por la rutina del rumier. Esta creencia también ha sido desmentida ahora.

Todo el misterio ha sido esclarecido ya, al menos en el sentido de que podemos describir el mecanismo por el que el camello retiene el agua. Este es el resultado de una investigación de la fisiología del camello llevada a cabo bajo los auspicios del Comité Consultivo de la UNESCO sobre investigaciones en zonas áridas. El jefe del equipo de investigación era el profesor Schmidt-Nielsen, de Duke University, EE. UU. Ello ha significado un año de trabajo intenso en Beni Abbes, 800 kilómetros en el interior de la Argelia, parte del desierto del Sahara, lugar donde la temperatura alcanza 65°.

Para comprender de la forma que el camello lleva a cabo este truco extraordinario, considerémonos primeramente nosotros mismos. Todo el complejo problema del metabolismo no puede realizarse sin agua y nuestras vidas están ligadas a la rutina de recoger agua y deshacernos de ella. Normal-

mente nosotros perdemos agua por los riñones y por el sudor normal por la piel, y si no sudamos bastante la temperatura de la sangre aumenta.

Con el camello la cosa es completamente diferente, y ello es debido al efecto acumulativo de ciertas peculiaridades en la economía de su cuerpo que le permiten mantenerse sin agua durante un largo período.

El camello excreta muy poco por los riñones, algo así como unos 500 cm³ al día, incluso teniendo todo el agua que él pueda beber. El hombre excreta mucho más. Otra particularidad para conservar el agua es no perderla por mediación del sudor. En esto el camello es único; la temperatura de su cuerpo puede ir de 34° hasta 65°, un aumento de un porcentaje considerable, sin experimentar el menor signo de enfermedad. El camello no suda en toda su extensión. Pero los 65° es la temperatura peligrosa, digámoslo así, pues tan pronto como la sangre alcanza esta temperatura, pero no hasta entonces, las glándulas del sudor empiezan a trabajar. Esta tolerancia de un aumento en la temperatura de la sangre cinco veces mayor de lo que nosotros podríamos aguantar sin caer enfermos, permite al camello vivir en medio de considerables alzas de la temperatura exterior, sin sudar. Así de esta forma, él conserva su agua en el cuerpo.

Pero supongamos que tuviera que soportar altas temperaturas mayores de 65°. Entonces diremos sudará y perderá agua. Pero aquí encuentra una característica extraordinaria de la fisiología del camello. Verdaderamente, él llega a perder agua, pero no de la sangre. En cierto modo, mientras pierde agua por el sudor, la sangre conserva su constante fluidez y esto lo realiza despojando de su agua a los tejidos del cuerpo. Así en un aumento de temperatura más allá del límite del sudar, el metabolismo del camello continúa imperturbable y su presión sanguínea es mantenida. El hace esto a expensas de sus tejidos y su metabolismo en general; por tanto, se mantiene más o menos normal.

Otro artificio más que ayuda al camello a conservar su agua, es el espesor de su pelo. Este es un aislante y así le ayuda a absorber el calor del exterior e impide que éste llegue al cuerpo. Así que un aumento en la temperatura exterior que actuando inmediatamente llevara la temperatura del camello más allá de los límites del no sudar, es tolerada debido a la capa aislante del pelo. Experimentos con camellos esquilados como las ovejas han dado como cierto este hecho.

El resultado de sus raros mecanismos agregados todos, da como fin de que el camello puede sobrevivir por mucho tiempo—indefinidamente, por cierto, en invierno—sin beber.

2.—CALENTAMIENTO O ENFRIAMIENTO INTERNO DE LOS ENFERMOS.

Una técnica original ha sido utilizada por dos médicos ingleses para cortar un estado febril en un chico de 16 años. Desde hace largos meses, habían empezado, con animales

su tiempo, que había vivido un mundo en guerra permanente, vislumbraba una esperanza a corto plazo que prometía redimir a «esta humanidad que se desangra por la hemorragia más copiosa de la historia». Con experimentar otro de los más grandes engaños por el rumbo de los acontecimientos políticos terminada la guerra, seguramente que su pensamiento se remozaría igual que el de su padre a raíz del desastre de la ocupación chilena al suelo en que nació.

Sin haber alcanzado plena madurez en reposo intelectual como Manuel González Prada, hubiera puesto de manifiesto, con amplitud de conceptos, un pensamiento particular, dinámico, agilizado y libre en estudios fecundos. La muerte le atrapó la víspera, muy de temprano. Discipulo del más grande escritor peruano de todos los tiempos, aquilató en trazos casi desconexos, en momentos hurtados, ideas del contenido expuesto que nos ponen en conocimiento de un espíritu creado, cultivado y educado para la libertad. Con él extinguió el último yástago de los González Prada, que históricamente y aun por muchos años perdurarán en la política y poética americanas con acentos tan singulares.

CAMPIO CARPIO

de laboratorio, experimentos de enfriamiento a fin de estudiar la influencia del frío en el estómago; el enfriamiento es rápido gracias a los múltiples vasos de la pared estomacal y también por los grandes vasos, tales como la aorta que, tocando el estómago, se enfrían y propagan rápidamente la corriente fría a todo el cuerpo.

Se hallaba en el hospital un muchacho que después de haber sufrido una neumonía, estaba atacado de parálisis y su temperatura se mantenía en los alrededores de 40-41°. A pesar de las envolturas frías repetidas, su temperatura no descendía de los 39°,5. Los doctores H. H. Khalil y R. C. MacKeith, decidieron entonces aplicar su tratamiento, ya experimentado de una forma satisfactoria en animales.

Después de introducir en el estómago del niño un pequeño balón, le hicieron penetrar lentamente alrededor de 100 gramos de agua helada entre 0° y 4°. Retirado al cabo de dos minutos, la temperatura del agua era de 27°. Esta operación fué repetida por espacio de más de una hora. Al cabo de la primera media hora, el niño se encontraba ya mejor, su piel se calentaba; salía de su estado letárgico; en cincuenta minutos su temperatura llegó a ser normal. Desgraciadamente, cuatro horas después ésta montaba de nuevo a los 40°.

Un tratamiento idéntico, que duró setenta y cinco minutos, lo llevó definitivamente a ponerse bueno.

Este método, que viene así a confirmar las esperanzas que se fundaban en él, podría ser aplicado a muchos de los estados febriles: infección o fiebre cerebral, insolaciones y también podría ser utilizado para bajar la temperatura de los pacientes para ciertas operaciones, particularmente del corazón y los vasos sanguíneos.

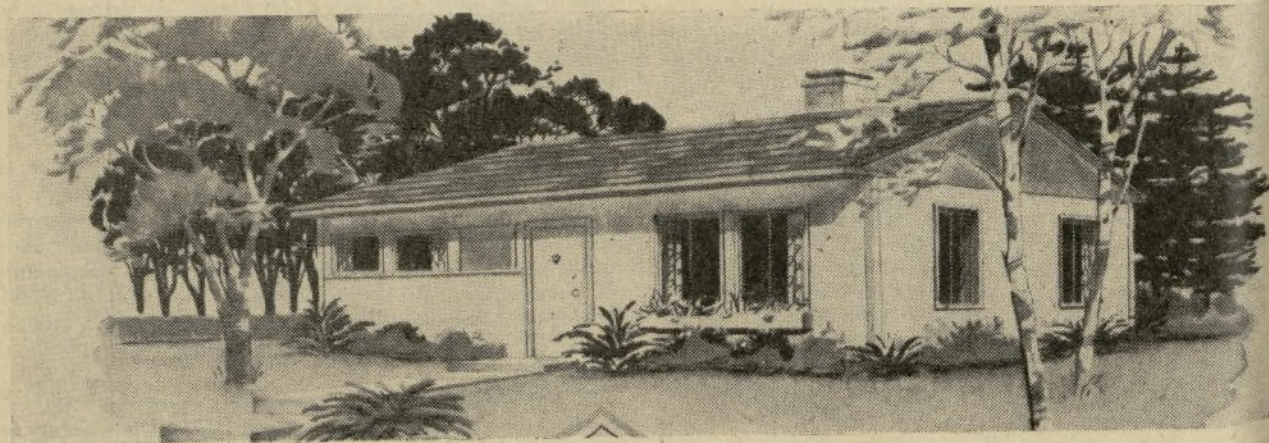
Inversamente, el reanimar por medio de esta técnica a los enfermos alcanzados por los rigores del frío, sería mu-

cho mejor que la que consiste en calentar el cuerpo exteriormente. En efecto, los tejidos periféricos calentados necesitan más oxígeno que el flujo, aun retardado, de la sangre, puede proporcionarles. Existe al mismo tiempo, una caída peligrosa de la presión sanguínea debida a que los vasos pequeños de la piel se dilatan antes de que la circulación general se haya mejorado. El calentamiento interno por el método propuesto evitara esos escollos.

3.—RESFRIADO CURADO CON EL BERRO.

Según los sabios alemanes que trabajan bajo la dirección del Dr. Winter de Colonia, el berro común es una verdadera «droga-milagro». Este contiene en dosis considerable un producto designado en el laboratorio bajo el nombre de WI WI 192 o Tromalita, que es un antibiótico eficaz. El interés de esta observación es que el berro no exige preparación química alguna para obrar, sino que posee, gracias a este antibiótico, toda clase de propiedades terapéuticas en estado natural. En efecto, una o dos horas después de la absorción de 20 gramos de berro ordinario, el antibiótico opera activamente en el intestino y hasta el interior de las vías respiratorias, y se muestra útil en el tratamiento de trastornos de la vejiga, de las inflamaciones renales, de los catarros de la faringe y de los bronquios, de las amígdalas, del resfriado y de ciertas categorías de gripe. La consumación cotidiana de 20 gramos de berro permitiría, por tanto, reservar la penicilina y otros antibióticos preparados industrialmente, para casos particularmente serios y evitar los fenómenos de la costumbre.

Dr. LONDON



SIGLOS

DE

CONTINUACION

TORTURAS



I de Sade ha dado su nombre al sadismo, el novelista alemán Sacher Masoch ha dado el suyo al masoquismo («masochisme»). Mientras que en el primero se es activo y se hace sufrir a la persona que se ama o que no se ama, en el segundo se es pasivo y se sufre voluntariamente de otra persona un sufrimiento moral o físico, o uno se inflige a sí mismo un castigo, que es causa de cierto goce. Masoch había sido fustigado durante su infancia por su nodriza, y lejos de haber conservado un mal recuerdo de ella, había tomado placer después en ser azotado. Le gustaba ser mandado por la que amaba. Había hecho un contrato con una de sus amantes, para ser esclavo suyo durante cierto tiempo, debiendo ejecutar dócilmente sus órdenes y sufrir todos sus caprichos: «Mi vida os pertenece, haga de ella lo que quiera», escribía, sin aún conocerla, a su futura esposa Wanda de Masoch quien, en **Confesión de mi vida**, ha recordado esto.

Sacher Masoch ha hecho por el masoquismo lo que de Sade había hecho por el sadismo. Ha consignado en sus libros el resultado de sus experiencias. En varias de sus obras, cuentos, relatos, novelas, más particularmente en las **Apaleadoras de hombres**, **La Venus del forro de pieles**, **La mujer separada**, **El amor cruel a través de los tiempos**, **El enemigo de las mujeres**, **El legado de Cain**, **El gabinete negro**, **Entre dos ventanas**, etc..., ha descrito los diferentes aspectos de la flagelación, documentos en verdad preciosos desde el punto de vista de la psico-sexualidad. Toda una literatura masoquista ha seguido, estudios médicos o novelas, que nos permite hacernos una idea de lo que se designa con el término equivoco de «educación inglesa». Añadamos que el masoquismo no es algo particular del sexo fuerte, sino que el sexo débil cultiva igualmente este género de ejercicio, uno y otro sexo sintiendo a menudo el placer en ser humillado, despreciado, injuriado y azotado. Es asunto de gusto y temperamento. La especie humana no tiene además el monopolio del masoquismo. La cosa existe también en el reino animal. Hay animales que son masoquistas, otros que son sádicos, el acto sexual acompañándose en éstos últimos con violencias y crueldades, lo que ocurre principalmente en el mundo de los insectos (la manta religiosa, para no citar más que éste) (1).

*

Nuestra época en nada le cede referente a las torturas, a los tiempos pasados. Otros tiempos, pero no otras costumbres. Los mismos horrores subsisten,

disimulados con eufemismos engañosos. La ley ha reemplazado al brazo secular y el verdugo al cuestionario, la Inquisición se ha vuelta pesquisa, el mandato de captura se llama detención y la Bastilla ha dado lugar a Fresnes y Cherche Midi (2).

El asesinato político es como en tiempos de los reyes practicado en régimen democrático, pero prudentemente, envuelto de misterio. Se envía en misión a los que se quiere deshacerse de ellos y se les liquida por el camino. Ni visto ni conocido.

Los crímenes políticos, más crapulosos que todos los otros, nunca han sido tan numerosos. En esos crímenes han participado personajes oficiales, magistrados, policías, hombres de Estado y otros que se han esforzado, por todos los medios en su poder, en hacer desaparecer las huellas.

Que en los siglos de oscurantismo el hombre se haya portado como un bruto con sus semejantes, eso podría, en fin de cuentas, excusarse, pero que en un siglo de luces y de supuesto progreso, los mismos hechos se reproduzcan, he ahí algo que rebela la conciencia del hombre libre.

La ciencia ha venido a socorrer, para añadir nuevos suplicios a los que ya conocíamos. Según se dice la guerra de 1914 hizo progresar muchísimo a la cirugía... Mejor hubiese sido que no hubiese hecho ningún progreso. La de 1939 ha sido para la ciencia nazi la ocasión de librarse a experiencias del peor gusto. Laboratorios y salas de operaciones fueron particularmente afectadas a estas experiencias en algunos campos de concentración. Con el pretexto de estudiar el efecto que podía producir en los seres humanos tal narcótico o tal microbio, se ingeniaren en torturarlos. Se ha infligido a los deportados (3) el suplicio de la vivisección, practicada hasta entonces con los animales, lo que era ya algo condenable. Se ha certado en la carne viva, transmado los órganos, cambiado los sexos y los cerebros, puesto en los individuos seleccionados para tales experiencias, las entrañas de unos en el lugar de las de los otros, a tal punto que sus propietarios ya nada tenían que les perteneciese. La ciencia nazi ha parido monstruos como no se encuentran en ninguna parte de la naturaleza. Y para coronarlo todo, las cámaras de gas y los hornos crematorios.

En varios de esos campos los prisioneros eran sometidos a tales torturas que ellos mismos querían acabar de una vez yendo al krematorium.

Las enfermedades humanas, con el pretexto de estudiarlas en las personas humanas de ambos sexos, por inyección, inoculación, o todo otro medio, como el tifus exantemático, la ictericia, la tuberculosis, el cáncer y el ensayo, con esas mismas personas—testigos de los nuevos medicamentos—de venenos, contra-

venenos, gas vejigatorio, gas «ciclón», máquinas asfixiantes, picaduras de fenol, quemaduras de fósforo, etc., con, para completar estas experiencias, la resección de los músculos, la amputación de los miembros, y otras operaciones quirúrgicas en otras partes del cuerpo, como el corazón, el estómago o las vísceras, no han producido otros resultados que el hacer sufrir a los infelices víctimas de esas experiencias. La biología nada ha ganado, si la humanidad ha perdido todo.

Añadid a esto la castración y la esterilización, con un fin ideológico, el racismo habiendo intentado suprimir todo lo que no era ario, limitando a su modo los nacimientos. Se esterilizaba preferentemente a los machos, jóvenes y de buena conformación, mediante la ligadura de los cordones, con exposición de las bolsas en los rayos X. Se constataba algunos días más tarde los efectos producidos por esta experiencia. Se la completaba con la masturbación del individuo, sea por el mismo o por otro medio, afín de favorecer la erección en caso de deficiencia, como dando varias vueltas con una manivela introducida en el rectum del paciente. A las mujeres, se les quemaba los ovarios o se los sacaban para examinar los órganos sexuales. Se les abría el vientre y se olvidaban en cerrarlo. Al terminar esas operaciones, muchachas en la flor de la edad parecían ancianas. Tales eran algunas de las experiencias practicadas en los campos de Alemania por lo que se llamaba el «Tribunal de salud hereditaria». Es menester designar con el nombre de sadismo quirúrgico ese género de operaciones. Que no es, además, el monopolio de los cirujanos de allende el Rin (4). Existe en todo Padre-Corta-Siempre («Père-Coupe-Toujours»), sea alemán, francés o de otra nacionalidad, un sádico inconsciente o muy consciente, que goza cuando abre un vientre o practica una operación cesárea.

Había en la ocupación (5), el suplicio de la banera. Este suplicio inventado por un doctor ruso y perfeccionado por un belga de la Gestapo, consistía en amarrar al condenado y luego sumergirlo desnudo en un baño de agua helada, en donde se le dejaba durante algún tiempo. Enseguida se le sacaba, se le calentaba, se le friccionaba con colonia y, para reconfortarlo, se le ofrecían licores y bizcochos, y si después de estas delicadas atenciones, no se decidía a confesar un crimen del cual era inocente, se le sumergía de nuevo en la banera, tantas veces como se negara a confesar.

¡Era lo que se llamaba la tortura psicológica! El belga gestapista había completado el sadismo hasta hacer cenar a media noche un prisionero y su familia para, en los postres, reservarle la sorpresa de sumergirle en un baño de agua helada... ¡Sinistra broma! Este refinamiento en la tortura es algo inaudito.

El suplicio de la retorcedora era otro suplicio empleado en los campos de la muerte lenta. Con una manivela que accionaba dos rodillos de caucho destinados a lavar la ropa, se desarticulaban los brazos y los hombros, atrapados al pasar por esta máquina.

Otro suplicio, el de la inanición, en el campo de Maidanek. Se colocaba la comida delante de los prisioneros famélicos, y como éstos se lanzaban encima, se les rechazaba a golpes de matracas, o bien se les tiraba un hueso, que se disputaban entre ellos como los perros (6). Había niños cortados por la mitad o se los tiraba por los aires delante de sus madres. Con una barra de hierro, una mujer afectada a esta tarea, golpeaba los senos y los muslos de las prisioneras, lo que hacía que estas esparciesen en torno a ellas numerosa sangre.

Como en el tiempo de la Inquisición, uñas arranca-

das, dedos de los pies aplastados, horcas, ahogar por la fuerza, etc., eran parte del arsenal de torturas infligidas por los nazis a los judíos (7), y a los cristianos. Sin contar en el amontonamiento en los vagones sin aire, entre los excrementos y sin poder moverse, de prisioneros, en varios centenares, que morían asfixiados (8).

En Buchenwald, se hacía correr al trote varios kilómetros a los prisioneros en las hondonadas, perseguidos por perros que mordían a los que se desplomaban por el camino. Se privaba a esos mismos perros de alimento, se les dejaba enseguida y comían a hombres y mujeres. Los que se habían librado eran encargados enseguida de ir a recoger los restos de esta fúnebre comida. Había en el mismo campo el suplicio de la luz intensa proyectada en los ojos. Sin embargo, las violaciones eran una excepción. No eran violadas más que las que bien lo deseaban. ¡En este aspecto los nazis se mostraron humanitarios! Hay que notar también que que en los campos de la muerte lenta, como se los ha designado, había igualmente alemanes, culpables de no ser nazis y que sufrían tanto como los otros. Y es por esto que es necesario no confundir al pueblo alemán con sus dirigentes racistas, nacionalistas y arios (9).

Lo que aun es espantoso es el ver a las gentes sometidas a las mismas torturas, torturarse entre ellas como para aliviar sus males. Porque son torturados, torturan a los que se encuentran con ellos, por venganza, envidia o simplemente por sadismo. Porque un alemán le ha introducido un cigarrillo en la oreja, una francesa da una paliza a otra prisionera. Así, en ese mismo campo de Buchenwald, muchos infelices encuentran aún el medio de añadir más sufrimientos que los infligidos por sus verdugos.

Ciertamente, los crímenes cometidos por los nazis son abominables, pero cuanto más abominables son los crímenes cometidos por ciertos individuos contra sus propios compatriotas, culpables de no haber tenido la misma manera de encarar como ellos los acontecimientos. Delitos de opinión que han provocado las peores represalias por parte de un populacho que había perdido todo autocontrol. Milicianos (10) y no milicianos pueden darse la mano en este aspecto... ¡Los criminales no se encuentran de un solo lado! Todos son unos...

No se trata de engrandecer con lupa a los crímenes nazis, pues no tienen necesidad de serlo, como tampoco atenuarlos. Lo mismo se debe hacer con los cometidos en la liberación (11). Una liberación que sólo ha liberado los malos instintos del hombre. Silenciar unos y otros sería cometer nuevos crímenes. Coloquémonos en un punto de vista estrictamente objetivo, desprovisto de todo sectarismo.

No terminaríamos nunca si debiéramos enumerar las atrocidades cometidas durante los días—¡oh cuán heroicos!—de la liberación. Elementos dudosos se aprovecharon de la situación para hacer actos de terrorismo, ¡cómo nunca se vió en ningún tiempo! Verdaderos o falsos resistentes (12), de la primera o de la última hora, que ellos mismos se habían erigido justicieros bajo la capa del patriotismo, renovaron agravándolos los crímenes de la ocupación. Aquí los nazis franceses se han mostrado iguales que los alemanes, con la diferencia que actuaban en nombre de la libertad, mientras los nazis alemanes actuaban en contra de ella.

Nuestros liberadores se atacaron preferentemente a las mujeres sospechas de haberse acostado con el «enemigo hereditario», muchachas solteras o mujeres casadas, que paseaban desnudas por las calles, flagelándolas hasta hacerlas sangrar, después de haber-

les cortado los cabellos (lo que ya se hacía en tiempos de los hebreos con las mujeres sospechosas de adulterio, nada de nuevo bajo el sol), marcándoles en las mejillas con un hierro candente la cruz gamada, los senos quemados con un encendedor, muslos y piernas heridas a bayonetazos, los pies hechos añicos, y, como si todo esto no fuera bastante, la vagina y el rectum electrizados, después de haber introducido previamente una barra de hierro incandescente. Se las hacía aún danzar desnudas alrededor de un árbol a latigazos. O aun, moralistas, ¡tapaos los ojos! Se las ayuntaba con los perros, después de haber untado los cuerpos con confitura para atraer a esos animales. Simple diversión de mal gusto, ofrecido a las multitudes por fin liberadas del yugo del opresor. El nudismo, constatémoslo al pasar, cesa de ser un atentado contra el pudor cuando los torturadores lo utilizan como castigo (13).

Nosotros vimos, lo vimos con nuestros propios ojos, entre otras atrocidades, a un joven que no había hecho daño a nadie, que era sordo y mudo y algo simple de espíritu estucado con alquitrán de los pies a la cabeza, paseado con el más simple aparato por las calles de un pueblo, al que se obligó cavar su propia tumba para ser enterrado vivo, mientras el populacho aplaudía, y como nosotros no compartíamos la alegría general, se nos amenazó con hacernos lo mismo, mientras que, para castigar a una joven pareja por haber hablado a un alemán (se encerró a su recién nacido en un frigorífico! Ya he citado el suplicio de la silla sumergida en vigor en la Edad Media en Inglaterra. En la liberación se encontró algo mejor: se metía la cabeza de los traidores, o presuntos tales, en una fosa de la parte líquida del estiércol, o aun en un recipiente conteniendo cadáveres en descomposición, o bien se mantenía a los traidores—o presuntos tales—en una bañera de agua helada, como lo había hecho el belga de la Gestapo. Como en tiempos de la Inquisición, se dislocaba los miembros, se machacaba los huesos, se cortaba las manos y las orejas, se reventaba los ojos. Glándulas genitales aplastada, penes cortados o mutilados, sólo eran pequeños entremeses antes de las comidas.

La víctima está por encima del verdugo cuando la suerte habiéndole cambiado de campo se vuelve a su vez verdugo, disfrutando al torturar a sus antiguos torturadores con las mismas armas que éstos se habían servido, no haciendo ninguna diferencia entre los inocentes y los culpables.

Los crímenes terroristas cometidos por verdaderos o falsos guerrilleros, indignan nuestro corazón. A guisa de represalias se clava en los árboles a colaboradores (14), o presuntos tales, se les entierra hasta los hombros o enteramente, se les amarra, no a la cola de los caballos, lo que hubiese sido demasiado primitivo, sino a una motocicleta, por un pie, y se les arrastra así kilómetros y kilómetros hasta que la cabeza se sale del tronco. Se ha visto de nuevo, aquí los verdugos no han tenido que imaginar mucho, el suplicio de los insectos, practicado en el tiempo de los romanos, las abejas teniendo sin embargo algo más que hacer en vez de secundar a la bestia humana, volviéndose torturadoras a su servicio. En el campo de Drancy, notablemente, ocurrieron las mismas torturas que habían ocurrido en los campos nazis. Ahí también se hacía correr hasta la extenuación con piedras en los zapatos, o bien se hacía marcar el paso de la oca durante kilómetros. Se les obligaba a arrojarse encima de un mango de pico y a mantenerse, a veces con los pies y a veces, con las manos en el aire. Se les golpeaba con bastones o se les daban puntapiés con las botas. Se les obligaba a cargar con pesa-

dos objetos. Se arrastraba a las mujeres por los cabellos, se les cortaba el pelo al cero, se las paseaba desnudas y, para terminar, las violaban. El apaleamiento era cosa corriente, aplicado en todo momento y no importa el motivo.

G. de Lacaze-Duthiers

(Continuará.)

(1) Como verdadero ejemplo de masoquismo, citemos a una de las órdenes religiosas más severas que existen actualmente, la de los trapenses. Observan el mutismo más absoluto, dividen su tiempo entre la oración y el trabajo manual; se alimentan de pan negro y de verduras hervidas y cubren sus cuerpos con toscos sayales. Deben tener ante sí, permanentemente, la idea de la muerte; y por eso cada día visitan la tumba vacía que más tarde les servirá de último asilo. Cuando se cruzan dos «hermanos» trapenses, las únicas palabras que tienen derecho a decir son: «Hermano hay que morir.» (N.d.T.)

(2) Penales franceses de nuestros tiempos situados en el Sena. (N.d.T.)

(3) Personas que los alemanes deportaban a su país durante la guerra. (N.d.T.)

(4) Se refiere el autor a los cirujanos alemanes; Alemania y Francia estando separadas en cierto lugar por el río Rin. (N.d.T.)

(5) Se trata de la ocupación germana en Francia durante la segunda guerra mundial. (N.d.T.)

(6) Véase en «El jardín de los suplicios», de Mirbeau, la escena de los prisioneros hambrientos que son martirizados, con la visión de una carroña putrefacta. (N.d.T.)

(7) Lo que sufrieron los judíos durante la ocupación en los ghettos de Varsovia, Cracovia y Bialystok es inimaginable. ¡Si los ghettos pudiesen hablar! (G.L.D.)

(8) Se calcula que los nazis exterminaron de cinco millones y medio a seis millones de judíos en la segunda guerra mundial. Asesinaron asimismo a numerosas personas de diferentes nacionalidades. Solidaridad Obrera de París, órgano de españoles cenetistas emigrados, publicó una lista de miles de españoles asesinados (N.d.T.)

(9) Consúltase Buchenwald, terre maudite, de A. Respaud. (N.d.T.)

(10) Milicias francesas partidarias de los nazis (N.d.T.)

(11) Se entiende por «liberación» el esperado desembarco de los aliados en Europa occidental para que liberasen a las naciones del occidente europeo de la ocupación alemana. (N.d.T.)

(12) Personas «guerrilleras» que combatían a los alemanes. (N.d.T.)

(13) «Es en el dominio sexual que se descubre con más evidencia el deseo de dominación del ser vivo sobre el ser vivo. Los celos son ya un testimonio de ello. Pero, naturalmente, es en el hombre que este deseo de dominación es el más aparente y el más efectivo, porque el hombre es más potente que la mujer y porque su constitución le confiere el rol activo y le permite dar, sea por la mecánica del acto, sea por la fecundación, una sanción visible a ese deseo, mientras que la mujer ha sido edificada por la naturaleza para sufrir. El deseo de dominación sexual está de tal modo anclado en el hombre que, entre los homosexuales del sexo femenino—las homosexuales—se encuentran ciertas mujeres pseudo machos que ejercen sobre su «mujer» la misma dominación que el hombre ejerce en general sobre la suya. Además, detestan al hombre a la vez como mujeres conscientes del instinto de dominación masculino y como rivales del hombre. (Manuel Devaldes en «Au cœur de la sexualité») (N.d.T.)

(14) Personas que colaboraban con los alemanes durante la ocupación. (N.d.T.)

• FILOSOFEMAS •

LA MASCULINOCRACIA

Cuando surge el niño al mundo desde las entrañas de la madre tiene en él potente al instinto de conservación que se manifiesta con la glotonería que succiona el busto de quien le dió la vida. Pero en el deleite que manifiesta, como señaló Freud, vése también el instinto genésico.

Instinto que se manifiesta en la infancia toda. Pensad un poco y concluid por vosotros mismos sobre la predilección por las muñecas de las niñas. En la jovencita late ya la madre.

El amor de la adolescencia, el romanticismo que lo adorna, la melancolía que lo inspira, son aureolas del instinto genésico. Luego, viene la gran desilusión en el sexo llamado débil... ¿Cómo? El «amor» sólo era eso... Pero a la naturaleza poco le importan nuestras decepciones.

Para trasladar la semilla de la vida, veía yo no ha mucho cómo una planta lo hacía, de una manera alada y pura, en comparación con nuestra forma grosera y erótica. Muchas semillas eran devoradas por los insectos, otras caían en los yermos, pero algunas eran recibidas amorosamente por la tierra madre.

Biológicamente, mujer y hombre en nuestra especie se complementan. Si el sexo en ellos es diferente, en ambos representa un conjunto generativo, tendiendo a la perpetuación de la especie. Amar es crecer, perpetuar, renacer...

Dama Natura tuvo sus vacilaciones cuando nos forjó allá en las noches perdidas del tiempo. ¿Qué significan los senos atrofiados del hombre, por ejemplo, si no tienen el fin de la lactancia infantil?

La poesía de la vida es una imaginación nuestra. La vida no es poética. La vida es brutal. En la naturaleza impera la brutalidad. El acto de transmitir la vida es brutal. La hembra es una presa perseguida, en casi todas las especies, a la que se le impone, por mandato instintivo, la fecundación forzada.

La madre en la natura toda es la MATER DOLOROSA que forja doliente en sus entrañas la nueva vida. Pensad un poco en los dolores inauditos del parto. Y el niño, asoma al mundo de los vivos a lágrima viva.

Instintivamente la mujer ama al niño. Aun en los amores románticos de la adolescencia, clama por «el niño que vendrá». Ama Eva instintiva al niño en el hombre. Por eso algunas jóvenes engañadas o decepcionadas por la comedia

matrimonial, vuelcan toda su ternura en el hijo, indiferentes íntimamente al hombre...

Siendo más potente la sexualidad en Adán y más pasiva en Eva, desea el hombre en el fondo una sola cosa de ella: la posesión carnal. Para eso la naturaleza pone en juego la sentimentalidad amorosa o la franca hipocresía. Decía el bardo Campoamor que «es la mujer la niña que engañamos y la niña la mujer que respetamos».

No siempre desde luego. Hay bárbaros que, por satisfacer sus lujurias genésicas son capaces de violar a las niñas. Imposibilitados en hacerlo prácticamente, lo hacen en el fondo de su pensamiento.

Si el hombre desea los espasmos del coito, la mujer entrega su cuerpo clamando por el hogar, la seguridad material, la solución económica de su vida. Porque así podrá evolucionar sin grandes contratiempos «él», el hijo que vendrá.

Por eso la mayoría de las chicas quieren «casarse». Asegurarse un hombre, instintivamente meterse en su lecho, de donde de doncellas surgirán madres. Sin embargo, los muchachos desean fervientemente el coito fuera del matrimonio.

El casamiento es tan solo una comedia societaria en la que el hombre, debido a la hipocresía de la sociedad bárbara, compra una mujer. Venta que se legaliza en los juzgados y bendicen los curatos. Así «ecce homo» tendrá a pro fusión carne nocturna de placer y una vagina a uso propio. El certificado de casamiento atestigua que la casada le pertenece, es suya, es su propiedad.

Tan anclado está el propietario amoroso que, si algunas Ecas tratan de evitarlo, son apuñaladas o baleadas por sus «hombres». De ahí los crímenes pasionales, la locura de los celos y otras barbaries.

La mujer es una presa. La moralidad corriente y la tradición atávica lo atestiguan. Si una chica realiza el coito fuera del «matrimonio» los bárbaros la califican con los más groseros epítetos. Y todos encuentran «natural» que los hombres hagan el coito de «solteros» y, allende el matrimonio, si son discretos.

Existen algunos padres criminales que, de enterarse de la desfloración de sus hijas, en un «delirium tremens» las arrojan de su casa llamándolas «perdidas». Pero mantienen en ella a los hijos que preñan a las chicas de las vecinas. De ahí la inferioridad manifiesta de la mujer ante la sociedad inhumana.

—o—
La naturaleza que lo que desea es la perpetuación de la especie se rie de las miserias humanas. Desde la pubertad, desde las primeras menstruaciones en las chicas y la presencia del semen en los muchachos, clama ya imperiosamente por el coito. Por eso el 80 por ciento de los jóvenes de ambos sexos se masturban, para acallar el imperio de la carne.

—o—
Las jóvenes ancladas en el hogar y vigiladas por padres dictatoriales tienen que sublimar el acto sexual mediante la poesía de su romanticismo, pero sus sentidos perturban su sueño en sus lechos de célibes. Las madres, atisban la «colocación» matrimonial de las hijas, sacar un buen partido para ellas, vendiéndolas así a la lujuria del macho.

—o—
Pero éste cansado de besucar el mismo rostro y de sobar la misma carne, escapa con amores extramatrimoniales a las reglas societarias. El hombre ama por naturaleza al género, quiere poseer a la mujer pluralmente para él. Pero es capaz de llegar al homicidio si la mujer, bajo su posesión o tutela, hace otro tanto.

—o—
Se parece el «matrimonio» al allanamiento de un milico en un domicilio. ¡En nombre de la ley, abrid!, dice el uniformado. La joven, en su noche de desposada, es conducida a su lecho y violada, precisamente también en nombre de la ley que autorizó y justificó su venta. Triste debe ser para las chicas ser desfloradas así por un zopenco...

—o—
El mundo está repleto de sibaritas, de rufianes, cuyo norte y vida son los goces de la panza y de la baja panza. Cadáveres ambulantes que jamás captaron una claridad de belleza y de armonía...

—o—
Que el amor sexual es en sí grosero y está inspirado por la lujuria genésica, lo atestiguan los garabatos obscenos que pintan los hombres en los muros de las letrinas, sea en los bares o en otros lugares comunes. Añadid aún las lecturas pornográficas y todo lo picaresco.

Descubramos el velo enteramente, frente a la idolatría y el conformismo social. La mujer no sólo es una presa común, sino una codiciada presa. Pensad en la soldadesca satánica y licenciada, cuando viola a madres e hijas en las guerras periódicas. Allí el Bruto humano se manifiesta sin limitaciones... Claro está, los bárbaros que gobiernan el mundo cantan al militarismo como defensor de la «patria» y otras idioteces, pero silencian todo lo criminal y bárbaro que contiene.

—o—
Ante esta mentalidad, la mujer, víctima de la sociedad personificada en el hombre, se refugia también en la hipocresía. Los juegos del amor romántico con sus tristezas, lágrimas, dolores y también suicidios, se basan en ella. Algunos, desesperados, ven en ella a «la flor del mal» (Baudelaire) o desean la violación sin miramientos (Vargas Vila en «Ibis»). Pero si se va hasta el fondo, se verá siempre a la mujer como víctima. Es la eterna perseguida del macho lujurioso que tan bien describió precisamente el mismo Vargas Vila en «Flor del Fango».

—o—
En plena simulación amorosa, también participa Eva en la sexual caza. El adorno de su encantadora figura mediante los pomos, los perfumes, los atractivos vestidos, la sonrisa

permanente, la afectación, la vanidad, el exhibicionismo, etcétera, se basan en el «sex-appeal». Sus «nos» que esconden el «sí», sus retardos, sus fugas momentáneas, tienen como objeto el hacerse apetecer, desear... Así probablemente pescarán al hombre y erigirán su «jaula dorada».

—o—
La sociedad arquista nos presenta un tipo muy común de Eva deformada. Es la que confunde el amor con la venta. Se vende en el matrimonio, se vende fuera de él por el goce material, por la posesión del dinero, por la adquisición de un auto. Es la cortesana civilizada, no precisamente como Friné o Thais, sino como ramera sin conciencia. Es tan poco digna esta hembra que se asemeja al hombre que la explota.

—o—
Hay luego la prostituta degenerada. La que, maleada y viciada por la vida, ofrece su cuerpo al mejor postor, por no fregar un piso, por no trabajar en una fábrica, por no coser en una máquina. Es la callejera desvergonzada no por la miseria económica, sino por la moral miseria.

—o—
Existe asimismo la prostituta forzada. Carne fresca pescada en bailongos, paseos y playas, por los acorbatados, traídos y con rectilínea raya en el vacío cráneo. Cantándoles palabras de «amor» en su corazón inexperimentado muerden el anzuelo las jovencitas, para ser crucificadas en un lecho de burdel o explotadas por una organización de proxenetas. ¡Pobres muchachas, bien cara pagaron su ilusión amorosa!

—o—
La trata de blancas sigue siendo floreciente en el mundo entero. Los prostibulos legalizados por el Estado, necesitan renovar la carne marchita o desembocada en la fosa común de los camposantos, por carne joven y fresca que sacie los apetitos de los machos (1).

—o—
Nuestra mayor compasión para las pobres hermanas sucumbidas o encarceladas en un lupanar. «No insultéis jamás a una pobre mujer que se hunde, pues no sabéis bien con qué fardo su pobre alma sucumbe» (Gustavo Le Bon).

—o—
Entre una mujer que se vende en una casa de citas, en una de «huéspedes» como en el Plata se dice, en un lupanar por voluntad, etc., y una mujer que se vende a un hombre en el casamiento, existe la sola diferencia de ser aquella una venta plural y, ésta, otra venta individual.

—o—
La mujer que por las consideraciones apuntadas, vulgarizada y deformada por la sociedad mercenaria, ama al «individuo» y no al género, es capaz de morir por celos. No puede sufrir que «otra» se ampare de «su» amor. El hombre masculinócrata pasa a las armas. Si su «costilla» case con «otro», es capaz de fusilarla. La locura celosa late poderosamente entre los vulgares.

—o—
Cuántas mujeres baleadas o apuñaladas por los bárbaros a faz humana. Las crónicas de los papeluchos urbanos retratan por todos lados esos hechos sangnarios. Los plumí-

(1) El Estado argentino actual ha manifestado su proxenetismo mediante la ley. Las prostitutas deben trabajar seis horas, tienen jubilación y el 50 por ciento de sus ganancias pasa a la Caja Nacional de Ahorro. Son amparadas contra el castelismo particular, etc.

feros en mal de copia exaltan esas barbaries y todo un populacho sádico, se relame los labios por los asesinos...

De Sade estudió como nadie la patología sexual. De él deriva el vocablo «sadismo» para recalcar ese instinto bárbaro que acompaña el acoplamiento carnal. Sadismo por parte del macho brutal y «masoquismo» (como relató Wanda de Masoch) por parte de la hembra. A veces, sin embargo, aparecen los términos invertidos. Fenómeno que se produce también con el homosexualismo. Pederastas y lesbianas abundan por esos mundos.

En nuestra sociedad criminal el amor no puede existir, si no es al margen precisamente de dicha sociedad. Quienes creen «amar» en plena sensiblería, adaptándose al mal societario, están en la luna. La Hiparca de la antigüedad griega se rió de los jueces del areópago...

Para mí amar no se cifra con buscar una «compañera» y casarme con ella mediante el juez, evitando a la peste religiosa. El juez es tan bárbaro como el cura. Me huele eso a los que se entierran por lo «civil» por no enterrarse por lo «clerical». Todo eso son tonterías. La unión libre, es también suspecta, pues la mayoría de las veces se asemeja al concubinato, en donde el hombre guarda todo el instinto de bárbaro masculinocrata.

Veamos un poco. Si una apetitosa hembra, de esas que Rubens hizo surgir con su genial paleta, de esas Venus de carne nacarada, ofrece sus encantos, tú, loco de pasión, la poseerás en «el colmo de la dicha». Te sentirás contento, alegre de vivir, optimista—todo es cuestión de hormonas—por tener una querida de tan valorados dones. Pero si tu hermosa compañera se enamora de otro y desea ser «trasladada al cielo» en sus brazos—somos esclavos de la carne—, entonces el aspecto cambia. Le pondrás mala cara, la reñirás, la golpearás incluso (eso se ha visto), la calificarás de p... y tal vez la echarás de casa. Tal unión libre es un sarcasmo.

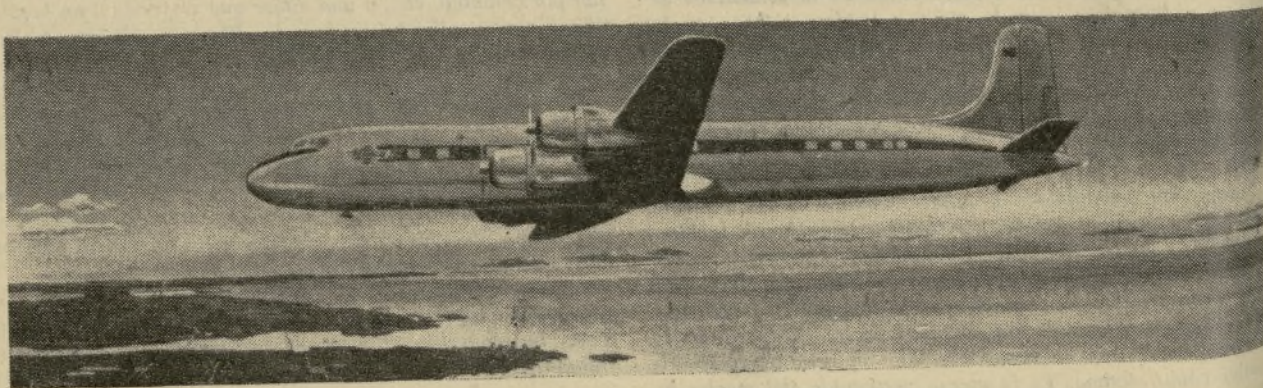
Es lo que ocurre con las gentes del montón. Ved a esos jovencuelos que quieren «casarse». Cansados de gozar en los prostíbulos, de «conquistar» criadas violándolas, de abandonar semipreñada a más de una infeliz, etc., quieren que su prometida tenga el himen intacto. Porque eso es lo moral y es lo «justo» según esos idiotas. Algunos de estos imbéciles llegan al matrimonio podridos de enfermedades venéreas, las que transmiten a su descendencia.

Objetarán muchas mujeres que el casamiento legal e individual es una conveniencia que impone la sociedad y que, por el hijo o los hijos, debe transigirse con él. A lo que responderé que Isadora Duncán quiso tener un hijo extramatrimonial con Maeterlink. Pero desde luego, no todas las Ecas tienen pasta de la Duncán. También esta mujer extraordinaria quiso entregar su cuerpo al gran Rodin, pero éste, más instintivo entonces que artista, sólo lo palpó con sus magas manos de cincel.


Además, eso de los hijos es puro cuento. La mayoría de nosotros somos engendros del azar, frutos de un momento de lujuria, «venimos sin querer» y, somos aceptados por instinto. Si todo hombre que de tal se precie respetara al ser que tuvo o tiene por madre, vería en el padre al bruto de la posesión. Hay, no lo dudo, felices excepciones. Hay hijos del amor. Pero son rarísimos...

Así las cosas, desembocamos ahora en la mitomanía de la familia, «célula» de la sociedad, glorificada por todos los autoritarios, los ensotanados y demás vagos. Libertariamente, dicha familia es una institución arquista. Allí hay un jerarca, un jefe, el padre. Hay la «autoridad paternal». Hay la esclava eterna, sea en la cocina o sea en la cama: la madre. Hay los hijos a los que se domina y no pocas veces se golpea y se tiraniza. Como Stirner, desconozco esa «familia».

Vladimir MUNOZ



Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant : Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)



POETAS DE AYER Y DE HOY

LA VUELTA DE LOS CAMPOS

La tarde paga en oro divino las faenas...
Se ven limpias mujeres vestidas de percales,
Trenzando sus cabellos con tilos y azucenas
O haciendo sus labores de aguja en los umbrales.

Zapatos claveteados y báculos y chales...
Dos mozas con sus cántaros se deslizan apenas.
Huye el vuelo sonámbulo de las horas serenas.
Un suspiro de Arcadía peina los matorrales...

Cae un silencio austero... Del charco que se nimba
Estalla una gangosa balada de marimba.
Los lagos se amortiguan con espectrales lampos,

Las cumbres, ya quiméricas, coronan de rosas...
Y humean a lo lejos las rutas polvorosas
Por donde los labriegos regresan de los campos.

LAS MADRIDES

Verde luz y heliotropo en los amplios confines...
El cielo, paso a paso, deviénese incoloro,
En la fuente decrepita iza un iris canoro
La escultura musgosa de los cuatro delfines.

Suena, de roca en roca, sus cándidos trintrines
La vagabunda esquila del rebaño, y en coro,
Ante Dios que retumba en la tarde, urna de oro,
Los charcos panteistas entonan sus maitines.

Y a grave paso acuden, por los senderos todos,
gentes que rememoran los antiguos exodos:
Mujeres matronales de perfiles oscuros,

Cuyas carnes a trébol y a tomillo trascienden,
Ostentando el pletórico seno de donde penden
Sonrosados infantes, como frutos maduros.

JULIO HERRERA REISSIG.

Transcribió Vladimir Muñoz.



Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe político cristiano. Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—Artículos políticos y sociales. Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—Pepita Giménez. Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe cristiano. Tomo II. József D. un príncipe político cristiano. Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—Cartas eruditas. Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—Diálogo de la lengua. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—Diálogo de las cosas ocurridas en Roma. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»
a 300 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas. Prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuendo.

ESPINEL.—Vida de Marcos de Obregón. Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—Milagros de Nuestra Señora. Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—Artículos de costumbres. Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—República literaria. Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—Poesías y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—Claros varones de Castilla. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—El Diablo Mundo. Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—Vida de Marcos Obregón. Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—Artículos de crítica literaria y artística. Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—El cántico espiritual. Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—Obras satíricas y festivas. Prólogo y notas de J. María Salvaverria.

PRÓLOGO Y NOTAS DE J. MARÍA SALVAVERRIA.

SALAS BARBADILLO.—La peregrinación sabia y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—El infamador, «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—Generaciones y semblanzas. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin, 200 frs.

«Etica», de Kropotkin, 100 frs.
«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer todos los estudiosos